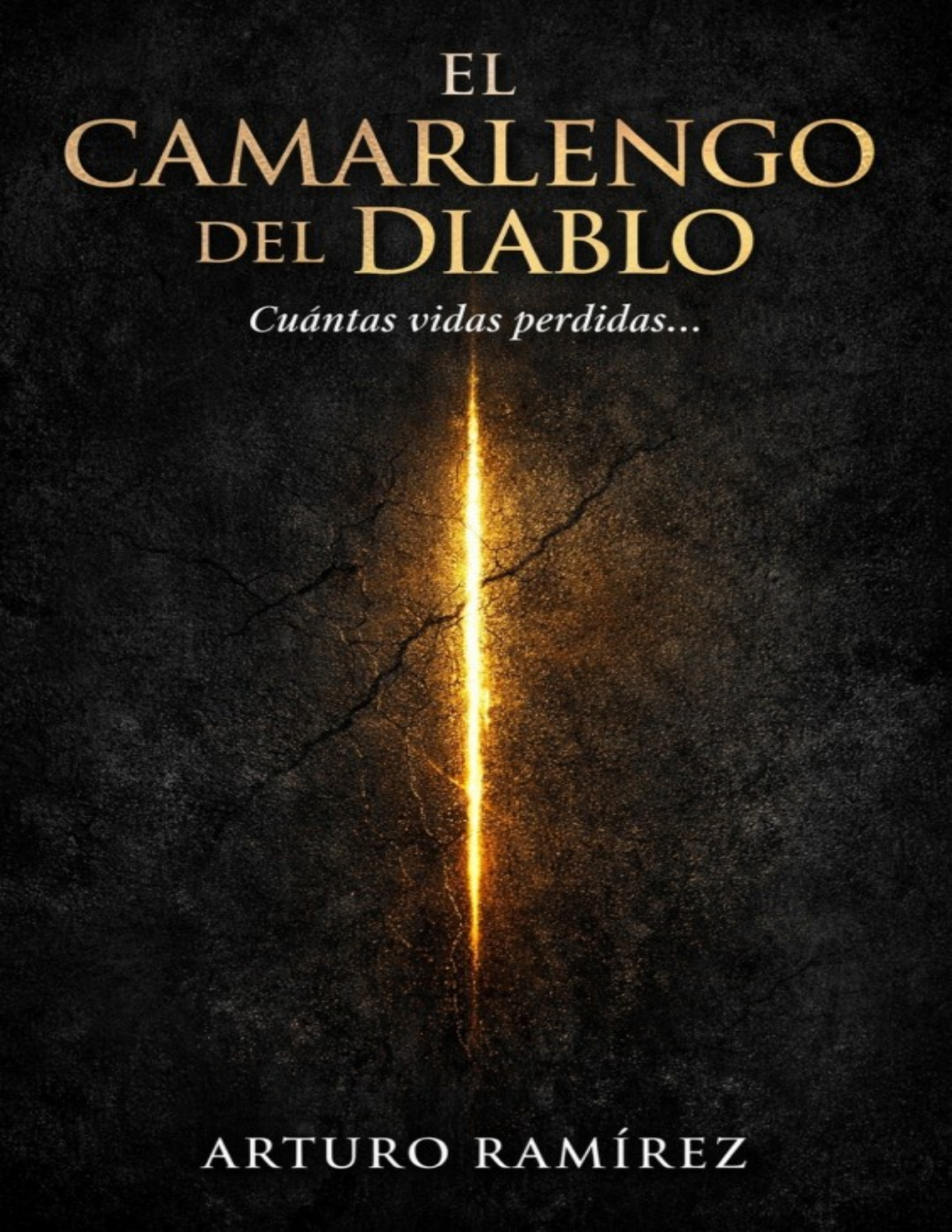
EL CAMARLENGO DEL DIABLO

Cuántas vidas perdidas...



ARTURO RAMÍREZ

EL CAMARLENGO DEL DIABLO

Cuántas vidas perdidas…

Arturo Ramírez

Derechos de autor © 2026 Arturo Ramírez

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en artículos y reseñas críticas.
El autor se reserva el derecho exclusivo de otorgar permiso para la reproducción y distribución de este material. Para solicitar permisos especiales o información adicional, comuníquese con el autor o con la editorial correspondiente.
El contenido y las ideas presentadas en este libro son propiedad intelectual del autor.

A Herminia y a José, mis padres.
A mis hermanos.
A mis verdaderos amigos, Julio, Danny, Eduardo y Maggy.

A una mujer muy especial en mi vida,
que me tendió la mano
en el momento más oscuro de mi existencia.

A las tantas vidas destrozadas y pérdidas.
Y a quienes todavía creen que el mal
solo existe en los cuentos.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

PRÓLOGO

A las cuatro y diez, cuando sonó el timbre del colegio, la calle se llenó de un ruido alegre y desordenado. Mochilas golpeando espaldas, cordones arrastrando, carcajadas que rebotaban contra las persianas metálicas de las tiendas. Un aire frío bajaba desde el río y se metía por debajo de las chaquetas como una mano impaciente. Era una tarde cualquiera, de esas que no dejan huella.

Mathieu Lefèvre salió con la corriente, más pequeño que otros, la bufanda mal enrollada y el pelo aplastado por el gorro de lana. Tenía ocho años y una manía: contar los pasos entre la puerta del colegio y la esquina donde su madre solía esperarlo. Cuarenta y tres si caminaba despacio. Treinta y ocho si corría. Esa tarde iba a contar. Iba a hacerlo bien, sin saltarse ninguno.

En el portón, el conserje fumaba con el gesto cansado de quien ha visto demasiadas despedidas iguales. La maestra de primaria, aún con la tiza en los dedos, hablaba con un padre sobre notas y conducta. Nadie miró a Mathieu más de lo necesario. Los niños eran así: pasaban.

Mathieu bajó los dos escalones de la entrada, giró a la izquierda, y empezó su ritual.

Uno.

El primer paso lo dio sobre una baldosa rota que siempre le hacía tambalearse. El segundo sobre la línea blanca de pintura que marcaba el límite del paso de peatones. El tercero con un salto breve, porque le gustaba sentir el golpe seco del asfalto en la suela.

Cuatro.

En la parada del autobús, una anciana acomodó su bolsa de compras. El olor a pan recién horneado llegaba desde la boulangerie de la esquina, mezclado con el humo de los coches y el perfume barato de una mujer que discutía con su hija. Todo era real, tangible, doméstico.

Siete.

Mathieu apretó en el bolsillo el cochecito de metal que llevaba desde hacía semanas, una especie de amuleto. Su padre se lo había dado antes de irse a trabajar a Lyon. "Para que te acuerdes de mí cuando no esté", le había dicho. Mathieu no necesitaba el coche para acordarse, pero lo guardaba igual.

Diez.

En la esquina, su madre no estaba. A veces se retrasaba. A veces el autobús se alargaba en un semáforo. Él lo sabía. No se alarmó. Miró el reloj de la farmacia: la esfera blanca, las manecillas negras. Cuatro y trece.

Mathieu esperó un instante, con la paciencia aprendida a fuerza de tardes. Un coche pasó demasiado rápido y levantó un remolino de hojas secas. Un hombre cruzó la calle con un maletín, sin prisa, como si el mundo no pudiera sorprenderlo. Mathieu volvió a contar, por costumbre, como si la repetición ordenara el tiempo.

Once.

Se detuvo frente al escaparate de la tienda de radios. Había un televisor encendido, sin sonido, donde un presentador movía los labios sobre titulares que no se oían. Mathieu se acercó para ver mejor. En la pantalla, un mapa de Europa con líneas y flechas. Colores sobre países que él apenas ubicaba. Se distrajo lo suficiente para olvidar el siguiente número.

Detrás de él, alguien dijo su nombre.

—Mathieu.

La voz era suave, como si no quisiera interrumpir, como si fuera un favor.

No era la voz de su madre. Tampoco la de su padre. Pero en la vida de un niño hay voces que se parecen, que se confunden con la autoridad o con la urgencia, y el cuerpo responde antes que la duda.

Mathieu se giró.

El hombre estaba a un metro, a la altura exacta para no parecer amenazante. Abrigo oscuro, guantes de cuero, el pelo peinado hacia atrás con precisión. Sonrió sin mostrar dientes. Una sonrisa que no pedía nada, que simplemente se colocaba en el rostro como una máscara correcta.

—Tu mamá me pidió que te llevara —dijo—. Está en el coche. Se ha quedado sin batería en el semáforo. ¿Ves? Está ahí, junto a la furgoneta.

Señaló con la barbilla, no con el dedo. Como si señalar con el dedo fuera demasiado insistente.

Mathieu miró. Había una furgoneta blanca estacionada unos metros más allá, cerca del callejón que daba al mercado cerrado. Del interior no se veía nada. Las ventanas eran opacas, cubiertas por una capa de polvo. El motor no sonaba. No había humo en el escape. Pero un coche podía estar apagado y aun así ser un coche. Los adultos hacían cosas raras con los coches.

—¿Dónde está? —preguntó Mathieu, más por obediencia que por miedo.

—Dentro. Está nerviosa. Vamos, hace frío.

El hombre se agachó un poco, lo justo para quedar casi a su altura. Desde cerca, olía a un jabón caro, limpio, como el de los hoteles. Mathieu vio un detalle que no supo nombrar: una pequeña marca en el cuello, justo donde la piel asomaba por encima de la bufanda,

como si una cadena hubiera rozado demasiado. El hombre llevaba un reloj de esfera dorada, demasiado elegante para la calle.

Mathieu sintió el frío en las manos. Sintió también algo parecido a un orgullo: alguien lo conocía. Alguien decía su nombre.

El hombre no lo tocó. Eso fue lo más extraño después, cuando ya no habría forma de reconstruirlo. No lo empujó ni lo arrastró. Caminó a su lado, con una distancia exacta, como si fueran dos personas que simplemente iban a algún lugar.

Pasaron junto a un poste cubierto de carteles. Una oferta de empleo. Un concierto. Un anuncio de adopción de mascotas. El viento despegó una esquina de papel y lo dejó aleteando como una herida.

En el callejón, el ruido de la calle se apagó de golpe, como si alguien cerrara una puerta. La luz era distinta, más pobre. Huele a humedad y a madera vieja. Mathieu miró hacia atrás de manera instintiva. A lo lejos, el escaparate de la tienda de radios seguía ahí, la televisión sin sonido, el reloj de la farmacia. Todo seguía moviéndose, pero más lento, como visto desde el fondo de un túnel.

—Es aquí —dijo el hombre.

La puerta lateral de la furgoneta se abrió con un chasquido breve. No fue un chirrido ni un portazo. Un sonido controlado. Dentro había oscuridad, un olor a plástico y a metal. Mathieu pensó en herramientas, en talleres, en el garaje de su abuelo.

—Sube —indicó el hombre—. Te ayudo.

Mathieu dio un paso hacia el estribo. En ese instante, una bicicleta pasó por la entrada del callejón y una voz gritó algo desde la calle principal. El mundo recordó, durante un segundo, que existía.

El hombre se movió por primera vez con rapidez. Una mano enguantada se posó en la nuca de Mathieu, no con violencia, sino con firmeza, como quien corrige la postura de un niño en una

fotografía. El contacto duró apenas un parpadeo. Mathieu notó el cuero frío y la presión exacta para guiarlo. Un gesto sin emoción.

El interior lo tragó.

La puerta se cerró.

En la calle, la tarde siguió. El viento siguió empujando hojas contra las ruedas de los coches. Las madres siguieron mirando relojes. Los vendedores siguieron hablando de precios. Alguien, en una ventana, sacudió un mantel. Nadie oyó nada.

A las siete y cuarenta y cinco, la madre de Mathieu, Nathalie, estaba en la comisaría con las manos rojas de apretar demasiado el bolso. Había repetido su historia tantas veces que las frases le salían como un catecismo: "Siempre lo espero en la esquina. Siempre. Hoy me retrasé dos minutos. Dos. Y ya no estaba. Pregunté. Nadie lo vio. Nadie".

El agente de guardia le ofreció un vaso de agua. Nathalie no lo aceptó. Miraba la puerta cada vez que alguien pasaba, como si en cualquier momento el niño fuera a entrar con una excusa, con una sonrisa culpable.

—Señora, quizá se fue con un familiar —dijo el agente, con una calma aprendida—. A veces los niños…

Nathalie golpeó el suelo con el tacón, una vez, sin darse cuenta.

—No —respondió—. Mathieu no hace eso. No se va. Cuenta los pasos. Siempre cuenta los pasos.

La palabra "pasos" quedó flotando, ridícula y desesperada a la vez.

A las nueve, un coche patrulla recorrió las calles cercanas al colegio. A las diez, un grupo de vecinos se organizó con linternas y nombres escritos en papeles. "Mathieu". "Mathieu". El nombre se repetía en la noche como una oración inútil. En algún momento, alguien mencionó que en la televisión habían hablado de otros niños en

otras regiones, pero lo dijo en voz baja, como si pronunciarlo atrajera algo.

Cerca de medianoche, a las afueras de la ciudad, un camionero se detuvo en un arcén porque vio algo junto al descampado donde solían tirar escombros. Primero creyó que era un saco. Luego que era un perro. La luna estaba alta y el aire cortaba. Cuando enfocó con los faros, el blanco de una camisa infantil devolvió la luz con una claridad insoportable.

El camionero no se acercó demasiado. Llamó desde el coche, con la puerta entornada, como si el viento pudiera empujarle el horror adentro. Dijo su nombre al operador con una voz que no le pertenecía. Dijo "un niño" y luego se quedó callado, respirando rápido, escuchando el propio corazón.

La primera patrulla llegó quince minutos después. Los agentes caminaron por el barro con cuidado, como si el suelo pudiera acusarlos. El descampado olía a basura húmeda, a caucho quemado, a tierra removida. A lo lejos se veían las luces de la ciudad, indiferentes, ordenadas.

El cuerpo estaba colocado de lado, casi con delicadeza. Como si alguien hubiera querido evitarle una postura incómoda. Tenía las manos limpias. No había sangre alrededor, apenas una sombra oscura bajo la camiseta. Los ojos estaban cerrados. El rostro, en la penumbra, parecía dormido.

Uno de los agentes tragó saliva.

—Es un crío —murmuró, y esa simple evidencia sonó como una blasfemia.

No había testigos, no había huellas claras en el barro endurecido por el frío. El aire parecía haber borrado el camino de regreso. Todo estaba demasiado quieto para ser casual.

Cuando llegó el forense, un hombre de mediana edad con abrigo gris y maletín rígido, pidió silencio. No porque lo necesitara para

trabajar, sino porque el silencio era lo único que aún podía ofrecerse al muerto. Se arrodilló, levantó con cuidado el borde de la camiseta, y la linterna reveló un corte limpio, demasiado limpio, bajo las costillas. No era un desgarrón. No era un tajo torpe. Era una línea segura, exacta, como dibujada con regla.

El forense frunció el ceño. Se quedó inmóvil unos segundos, midiendo con la mirada lo que no quería medir. Luego metió los dedos enguantados, apenas, como quien no se permite creer lo que está tocando.

—Esto… —empezó, y se detuvo.

El agente lo miró, esperando una palabra que hiciera el mundo más soportable. El forense no se la dio. Respiró hondo, con un gesto mínimo de repugnancia contenida, y volvió a mirar el corte, su simetría, su propósito.

—Aquí han trabajado —dijo al fin, en voz baja—. Y no es el trabajo de un cualquiera.

Se incorporó despacio, cerró el maletín sin haberlo abierto del todo, y se quedó mirando la oscuridad alrededor del descampado, como si de allí fuera a salir una explicación.

—Falta algo —añadió, ya sin dirigirse a nadie en particular.

El viento sopló entre los montones de escombros. Un papel viejo se levantó y pasó rodando cerca del cuerpo. Las luces de la ciudad seguían brillando al fondo, impecables.

El forense bajó la linterna, y la línea bajo las costillas desapareció en la sombra, pero su forma quedó grabada en los ojos de todos. En algún lugar, muy lejos de ese descampado, una puerta se cerraba con la misma suavidad con la que se había abierto. Y en esa suavidad, en esa ausencia de prisa, había algo peor que la violencia: la certeza de un método.

CAPÍTULO 1

La mañana olía a papel húmedo y a café recalentado. En la sede de la Policía Judicial, el invierno se colaba por los marcos de las ventanas como una mano paciente, empeñada en enfriar hasta la última conversación. Julien Morel cruzó el pasillo sin prisa, pero con esa tensión en el cuello que no cedía desde la llamada de la madrugada. Había aprendido a distinguir el cansancio común del cansancio malo: el que se instala detrás de los ojos y vuelve cada objeto más afilado.

En la pared, un reloj redondo marcaba las ocho y diecisiete. Un minuto inmóvil podía durar una hora en ese edificio.

La secretaria levantó la vista apenas, lo justo para reconocerlo.

—Te esperan arriba —dijo, señalando con un gesto breve.

Julien no preguntó quiénes. Ya lo sabía. Cuando te citaban "arriba" y no había un comité ni una rueda de prensa, era porque alguien quería hablarte como se habla en los márgenes: sin actas, sin testigos, sin palabras que luego pudieran repetirse.

Subió las escaleras. La moqueta amortiguaba sus pasos y le devolvía una sensación absurda, como caminar sobre algo demasiado blando para sostener el peso de lo que estaban por decirle.

Al final del pasillo, una puerta entreabierta dejaba escapar una línea de luz amarillenta. Dentro, el aire estaba más seco. El comisario Delaunay estaba de pie, frente a la ventana, con el abrigo puesto como si fuera a salir y no a recibir a un subordinado. A su lado, el subdirector Rieux revisaba un expediente sin prisa, pasando las páginas como quien hojea un catálogo.

—Morel —dijo Delaunay sin girarse del todo—. Cierra.

Julien obedeció. La cerradura sonó más fuerte de lo necesario, un clic neto que pareció ordenar el silencio.

Rieux levantó la vista y lo midió con una expresión neutra. Tenía los ojos de alguien que había visto demasiado para sorprenderse, o demasiado para permitirse el lujo de parecerlo.

—¿Has visto el informe preliminar? —preguntó.

Julien negó con la cabeza.

—Me avisaron del hallazgo. Nada más.

Delaunay se volvió al fin. Su cara, surcada por pequeñas venas rojas en las aletas de la nariz, no mostraba indignación ni pena. Solo esa preocupación administrativa que aparece cuando algo amenaza con complicar la semana.

—Un niño —dijo—. Ocho, quizá nueve. Encontrado en un descampado, a las afueras. Sin ropa. —Hizo una pausa mínima, como si la pausa pudiera borrar la imagen—. La prensa aún no lo tiene. Y así debe seguir.

Rieux deslizó el expediente sobre la mesa sin soltarlo del todo.

—Es un homicidio. Y lo llevas tú.

Julien sintió un reflejo antiguo, casi infantil, de aceptar el encargo como si fuera un premio. Luego le llegó lo demás: el tono, la forma. No era un caso asignado. Era un paquete que querían dejar en la puerta correcta y olvidar.

—¿Por qué yo? —preguntó, y al oír su propia voz notó que había salido más seca de lo habitual.

—Porque eres joven —dijo Delaunay con una franqueza que no se molestó en disfrazar—. Y porque no tienes enemigos. Aún.

Rieux cerró el expediente con la palma de la mano, despacio.

—Y porque eres eficiente, Morel. Eso también cuenta. Lo que necesitamos aquí es eficiencia.

Julien miró el lomo del dossier. La etiqueta llevaba un código y un apellido que no reconoció; nada de nombres completos, nada que pudiera humanizarlo. Sintió una punzada de irritación: en un papel tan delgado cabía una vida entera, y aun así lo reducían a siglas.

—Quiero hablar con el forense —dijo.

Delaunay apretó los labios. No era una negación abierta, pero tampoco un sí.

—Hablarás con quien te digamos que hables —respondió—. Esto… —buscó la palabra, y al no encontrar una aceptable usó la más segura—. Esto es delicado.

Julien sostuvo la mirada.

—Delicado para quién.

Rieux se inclinó un poco hacia delante, como si confiara un secreto a un amigo.

—Delicado para la ciudad. Para las familias. Para el ministerio. —Enumeró sin emoción—. No necesitamos pánico. Ni titulares. Y menos aún, una cacería de brujas.

Julien sintió cómo esa última frase le rozaba por dentro. "Cacería de brujas" era lo que decían cuando temían que alguien mirara donde no debía.

—¿Se sabe la identidad? —preguntó.

Delaunay negó.

—Aún no. No hay denuncia formal de desaparición. Eso ya te dice bastante.

Julien pensó en el prólogo de cualquier tragedia: un niño que no vuelve y nadie que reclame, o nadie que se atreva a reclamar. Los

que se perdían sin ruido eran siempre los mismos.

Rieux volvió a abrir el expediente y señaló una hoja.

—El hallazgo lo hizo un agricultor. Ningún testigo. Sin señales claras de lucha en el lugar. Ya sabes: escena limpia. —Se encogió de hombros—. Tal vez un degenerado, tal vez un ajuste raro. Pero no vamos a convertir esto en… —otra pausa— en una cuestión de Estado.

Delaunay tomó el control de nuevo, con una voz baja que pretendía sonar paternal.

—Vas a investigar, claro. Pero con discreción. Sin pedir apoyo extraordinario. Sin levantar alfombras que luego no podamos volver a colocar. —Su mirada se endureció—. ¿Entendido?

Julien tragó saliva. Le hubiera gustado responder con una frase correcta, una de esas que no comprometen: "Sí, señor", "Entendido". Pero dentro de él algo se resistía, una tozudez que no era heroica, solo incapaz de aceptar que la prudencia se antepusiera a un cadáver.

—Entiendo lo que me pide —dijo al fin—. No sé si es lo que el caso necesita.

Rieux sonrió apenas, una curva sin alegría.

—Lo que el caso necesita y lo que tú puedes hacer son cosas distintas. —Golpeó el expediente con un dedo—. No olvides dónde trabajas.

Julien sintió el peso invisible de esa advertencia. No era una amenaza explícita. Era peor: era una descripción del mundo.

Delaunay se acercó, acortando la distancia con la autoridad de quien está acostumbrado a que le aparten el paso.

—Morel, no seas ingenuo —dijo en voz baja—. Hay cosas que se investigan y cosas que se gestionan.

La palabra “gestionan” le sonó a basura.

Julien tomó el expediente cuando por fin se lo ofrecieron. El cartón estaba frío, como si hubiera pasado la noche en una sala sin calefacción. En el borde, una mancha de café o de tinta parecía una quemadura.

—Te asigno dos agentes para tareas básicas —añadió Rieux—. Nada de operativos. Nada de interrogatorios masivos. Si hay una familia, la tratas con tacto y sin promesas. Y, sobre todo… —alzó la vista—, no hablas con la prensa.

Julien asintió. No por obediencia, sino porque discutir ahí era perder tiempo y, peor aún, regalarles la excusa para apartarlo antes de empezar.

Delaunay abrió la puerta para dar por terminada la reunión. El gesto era claro: fuera.

Julien salió al pasillo con el expediente bajo el brazo. La moqueta volvió a tragarse sus pasos. A unos metros, una radio encendida en una oficina soltaba una canción pop, alegre y ajena, como si la ciudad no supiera todavía que había un niño muerto esperando nombre.

Bajó las escaleras y cruzó hacia su escritorio, un rincón con lámpara de brazo articulado y una montaña de carpetas viejas. Dejó el dossier encima sin abrirlo. No quería mirar las fotos en medio de aquel ruido de teléfonos. Había imágenes que se quedaban pegadas a la memoria con la facilidad de una estampilla humedecida.

—¿Te dieron algo gordo? —preguntó un colega al pasar, un hombre de bigote ralo que olía a tabaco.

—Un asunto —respondió Julien, y lo vio alejarse sin interés. La palabra “asunto” era la forma elegante de no decir “niño”.

Esperó a que el pasillo se vaciara un poco. Luego abrió el expediente.

La primera hoja era un resumen de la patrulla que había acordonado el descampado: hora, coordenadas, clima. Todo seco, todo útil. En la segunda, un croquis. En la tercera, una nota del forense de guardia: "Lesiones compatibles con agresión previa. Requiere autopsia completa. Observación: incisión abdominal regular".

Julien se quedó quieto un instante. "Incisión regular". No decía "cortes". No decía "desgarros". No decía "cuchilladas". Decía "incisión", como en un quirófano.

Pasó la página. Había una fotografía en blanco y negro, tomada con flash. No se veía el rostro, gracias a un encuadre que parecía compasivo o administrativo. Se veía el torso pequeño, la piel pálida y el trazo oscuro de una línea que no correspondía a ninguna caída.

Un zumbido le llenó los oídos. Cerró el expediente con cuidado, como si el gesto pudiera preservar algo.

Se levantó y fue hacia el teléfono de su mesa. Marcó el número de Medicina Legal. Contestó una voz cansada.

—Morgue.

—Inspector Morel, Policía Judicial. Necesito hablar con el doctor que firmó el parte preliminar del caso del descampado de Saint-Étienne.

Hubo un silencio breve, luego el sonido de un papel arrugándose.

—El doctor Lemaire está ocupado.

—Dígale que espero —respondió Julien—. Y que no voy a colgar.

La voz suspiró, resignada.

—Un momento.

Julien miró alrededor mientras escuchaba la música de espera, un tono metálico que le pareció una burla. En la mesa contigua, alguien reía por un chiste banal. El edificio seguía funcionando, impecable en su indiferencia. Así era siempre: la maquinaria no se detenía por un cuerpo.

La línea se activó de nuevo.

—Lemaire —dijo una voz grave—. ¿Quién es?

—Morel. Tengo su nota. Lo de la incisión… ¿qué significa?

Hubo una pausa más larga, como si el hombre sopesara si valía la pena decir la verdad a un policía que tal vez no podría usarla.

—Significa que quien lo hizo sabía lo que hacía —respondió por fin —. Y que no lo hizo en el descampado.

Julien apretó el auricular.

—¿Puede venir alguien a explicármelo? ¿O puedo ir yo?

—Venga —dijo Lemaire—. Pero venga solo.

Julien colgó sin despedirse. Se puso el abrigo y tomó el expediente. Caminó hacia la salida, atravesando el vestíbulo con una decisión que ya no podía disimular.

En la puerta, la secretaria lo llamó.

—¿Adónde vas? —preguntó, con la curiosidad automática de quien vigila el flujo de un lugar.

Julien no se detuvo.

—A mirar lo que no quieren que mire.

Afuera, el aire cortaba. En la calle, los autos pasaban levantando una bruma gris. Julien se quedó un segundo en la acera, sintiendo el frío en la cara como un golpe que lo despertaba. Podía seguir el guion: discreción, cautela, cerrar rápido, un culpable conveniente. Podía también hacer lo que le habían pedido de verdad, aunque lo disfrazaran de orden: no molestar.

Miró el expediente bajo su brazo. Una etiqueta sin nombre. Una línea quirúrgica en un cuerpo demasiado pequeño.

Empezó a caminar hacia su coche. No tenía autorización explícita para ir más allá. Tenía algo peor y más sencillo: la certeza de que, si obedecía, el próximo niño también sería un código en una carpeta. Y nadie arriba tendría que cambiarse el abrigo.

CAPÍTULO 2

El edificio del Instituto Médico-Legal olía a lejía y metal, una limpieza que no borraba nada: apenas maquillaba el fondo dulce y agrio que la muerte deja en las paredes. Julien Morel esperó en un pasillo estrecho, con los hombros tensos dentro del abrigo, mirando cómo el reloj de pared mordía los segundos con una indiferencia de oficina pública.

A través de una puerta vaivén se filtraba el zumbido de los fluorescentes. En la pared, una lista de normas sanitarias amarilleaba como un aviso inútil. Julien se frotó los dedos, todavía con la sensación del barro del descampado bajo las uñas, y pensó —sin querer— en la mochila del niño, en el cuaderno doblado, en una letra infantil que no volvería a corregirse.

La puerta se abrió con un golpe leve. El doctor Fournier apareció sin prisa, con una bata impecable y las manos lavadas hasta la obsesión. Tenía esa serenidad de quien mira lo intolerable a diario y ha aprendido a no dejarlo entrar por los ojos.

—Morel —dijo, como si la palabra fuera un trámite—. Pase.

La sala de autopsias era blanca y fría, de una claridad que no consolaba. En el centro, la camilla metálica esperaba bajo una lámpara articulada. Todo parecía ordenado con una lógica de instrumentos: bandejas, pinzas, recipientes etiquetados. En un rincón, un pequeño radiador luchaba sin éxito contra el invierno.

Julien se detuvo a dos pasos del umbral. No quería acercarse, pero avanzó igual. Se obligó a mirar sin apartar la vista, a sostener la verdad con la misma disciplina con la que se sostenía un arma.

Fournier se colocó frente a una carpeta, hojeó unos informes y alzó la mirada.

—El examen externo confirmó lo que ya sospechaba por el estado del tejido —dijo—. Hay lesiones compatibles con abuso previo. No hablo de un acto aislado. Hablo de repetición.

La palabra "repetición" cayó como un objeto pesado sobre el acero. Julien tragó saliva. Se sentía ridículamente joven en ese lugar, como si el uniforme no alcanzara para cubrirlo.

—¿Tiempo? —preguntó, y odió lo seco que sonó.

—No es un cálculo exacto —respondió Fournier—, pero diría que comenzó días antes de la muerte. Hay señales de contención, marcas en muñecas… y algo más: sedación. Lo mantuvieron dócil.

Julien apretó la mandíbula. La imagen del niño saliendo del colegio se le cruzó de golpe: el portón, la calle, un adulto cualquiera preguntando la hora, una mano guiándolo con una amabilidad falsa. No había gritos en ese tipo de secuestros. Solo rutina.

Fournier dejó la carpeta sobre la mesa y se acercó a la camilla sin dramatismo. Descubrió parte del cuerpo con un gesto profesional, como quien retira una tela de un objeto delicado. Julien notó el contraste entre la piel pálida y el borde oscuro de una incisión.

—Ahora lo que le interesa —dijo el forense—. La cavidad abdominal presenta una apertura limpia. Bordes regulares. No es un corte de navaja ni de cuchillo de cocina. Es quirúrgico.

Julien se inclinó apenas, lo justo para ver sin desmoronarse. La línea de sutura —o lo que quedaba de ella— era precisa. El niño había sido devuelto al mundo como un paquete cerrado con método.

—¿Qué falta? —preguntó.

Fournier no respondió de inmediato. Tomó un bolígrafo y señaló un dibujo esquemático en una hoja: un torso infantil marcado con números.

—Riñón izquierdo —dijo—. Y parte del hígado. No hay desgarro. No hay improvisación. Extracción. Además… —pausó un segundo, como si eligiera el tono correcto— hubo manipulación en el tórax. Estoy esperando resultados finales, pero la hipótesis más probable es que también buscaron tejido. O que evaluaron algo y desistieron.

Julien sintió un frío distinto, interior. No era el frío de la sala. Era la lógica repentina que encajaba piezas que él se había negado a imaginar: la ausencia de sangre en el descampado, la limpieza del cuerpo, el traslado. No lo mataron ahí. Lo usaron en otro lugar y lo dejaron donde pudieran hallarlo, como un mensaje sin firma.

—¿Podría ser… alguien con formación? —dijo Julien, aunque ya sabía la respuesta.

Fournier cerró la sábana con un cuidado extraño, casi respetuoso.

—Formación, equipo y tiempo —enumeró—. Para operar así se necesita un entorno controlado. Y no uno improvisado en un sótano húmedo. Hablo de luz quirúrgica, esterilización, instrumental adecuado. ¿Un quirófano? Quizá no. Pero algo que se le parece demasiado.

Julien miró alrededor. Bandejas, bisturís, guantes. Todo era legal y pulcro allí. Y, sin embargo, era el mismo lenguaje de la atrocidad.

—¿Podrían haberlo hecho en un hospital? —preguntó.

Fournier soltó un aire breve por la nariz, casi una risa sin humor.

—En un hospital alguien habría notado la falta de un niño en una camilla. Pero existen clínicas privadas. Existen instalaciones móviles. Existen médicos dispuestos. Y existe gente capaz de pagar por lo que usted está viendo.

La puerta se abrió y una mujer entró con un frasco en la mano, sin mirarlos. Dejó el recipiente en una bandeja y se retiró. El gesto cotidiano, doméstico, hizo que todo fuera peor: el mal podía circular con la misma naturalidad que una muestra de laboratorio.

Julien buscó algo donde apoyar la mirada. Encontró un lavamanos con manchas de agua seca, una toalla de papel colgando, un calendario con un paisaje alpino.

—¿La causa de muerte? —preguntó.

—Hipovolemia y fallo multiorgánico —respondió Fournier—. En términos simples: sangrado interno y choque. Lo mantuvieron vivo durante el procedimiento. No fue un accidente de extracción. Lo dejaron morir.

Julien sintió que le ardían los ojos, pero no lloró. El llanto habría sido un lujo, una concesión. Él tenía que seguir en pie.

—¿Huellas? ¿Alguna fibra? —insistió.

—Encontramos restos de adhesivo médico y una sutura específica —dijo Fournier—. Material de buena calidad. No el que compra cualquiera. Y hay algo en la sangre: sedantes. Benzodiacepinas, probablemente. Dosis calculada. No para dormirlo por completo, sino para apagar el pánico.

Julien se imaginó al niño medio despierto, atrapado en un sueño de hospital, y tuvo que desviar la mirada al suelo para no perder el control. La justicia, pensó, era un concepto demasiado limpio para lo que estaban enfrentando.

Fournier se quitó los guantes con un chasquido y los arrojó al contenedor.

—Su superior quería que esto se cerrara como homicidio común —dijo, sin preguntar. Era una afirmación.

Julien no respondió. Si abría la boca, saldría el nombre del comisario como un insulto.

—No es común —continuó el forense—. Y si me permite un comentario fuera del informe… esto tiene estructura. Alguien planificó la logística, el transporte, la contención. No veo improvisación. Veo procedimiento.

Julien sintió el impulso de preguntar por qué hablaba así, como si hubiera visto el mapa antes. Pero se contuvo. Se limitó a asentir, dejando que el silencio lo presionara como un dedo sobre una herida.

Fournier tomó la carpeta de nuevo y la abrió en una hoja final, doblada como si hubiera querido esconderla.

—Hay algo más —dijo, y su voz perdió un grado de neutralidad—. En la zona de la incisión, además del patrón de sutura, hay una marca… pequeña. Una especie de sello. No es una firma como en las películas. Es una señal de instrumental, quizá, o de protocolo interno. Un punto de referencia.

Julien levantó la vista.

—¿Puede identificarlo?

—Aún no —admitió Fournier—. Pero no es casual. No en un trabajo tan… —buscó la palabra y la encontró— sistemático.

Julien se acercó a la mesa donde el forense había dejado la hoja. Vio una fotografía ampliada: piel, hilo, una mínima irregularidad circular, como si una herramienta hubiera presionado demasiado. Le recordó a las marcas que dejan los sellos en los documentos. La burocracia del cuerpo.

—Necesito copia de todo —dijo Julien.

—La tendrá —respondió Fournier—. Y le diré algo que debería saber antes de que se marche y lo convierta en expediente.

Julien esperó.

El forense cerró la carpeta con ambas manos, como si cerrara una puerta.

—No es el primer cuerpo que veo así.

La frase no levantó la voz, pero cambió el aire de la sala. Julien sintió que el estómago se le hundía.

—¿Cómo? —preguntó, más cerca de un susurro que de un interrogatorio.

Fournier sostuvo la mirada, y en sus ojos apareció algo parecido al cansancio antiguo.

—Hace años. Casos aislados, mal registrados, archivados con prisa. Uno en Lyon. Otro cerca de la frontera. Se habló de sectas, de psicópatas, de accidentes. Nadie quiso llamarlo por su nombre. —Hizo una pausa—. Yo era más joven. No insistí lo suficiente.

Julien sintió una rabia súbita, no contra Fournier, sino contra la manera en que el sistema aprendía a mirar hacia otro lado con tal de no alterar su superficie.

—¿Informó? —preguntó, y la pregunta sonó acusatoria aunque no era su intención.

—Lo hice —dijo el forense—. Pero los informes se pierden cuando hay gente interesada en que se pierdan. Usted lo entenderá pronto.

Julien apretó los dientes. La sala parecía encogerse, volverse más estrecha, como si las paredes escucharan.

—¿Puede conseguirme esos expedientes? —dijo.

Fournier negó con la cabeza lentamente.

—No aquí. No de forma oficial. Y si los pide por el canal correcto, sabrán que usted los busca.

Julien se quedó inmóvil, sintiendo el peso de una decisión que todavía no había formulado. No era solo encontrar a un asesino. Era empujar una puerta sellada desde adentro, sabiendo que al otro lado había manos apoyadas para impedirlo.

Fournier bajó la voz.

—Morel… tenga cuidado con lo que despierta. Hay crímenes que no se sostienen solos. Se sostienen porque alguien los sostiene.

Julien tomó aire. En su mente, la imagen del descampado se transformó: ya no era un lugar de abandono, sino un escenario elegido. Un cuerpo colocado con intención, como un recordatorio de poder.

—Gracias, doctor —dijo, y la gratitud sonó áspera, como un vidrio en la garganta.

Se dirigió a la puerta. Antes de salir, miró una última vez la camilla cubierta. La sábana era demasiado blanca para lo que ocultaba. Pensó en la madre del niño, en la llamada que alguien tendría que hacer, en el silencio después del grito.

En el pasillo, el olor a lejía volvió a envolverlo. Julien caminó hacia la salida con la carpeta bajo el brazo, como si llevara un objeto contaminado. Afuera lo esperaba la calle gris y el ruido del tráfico, la vida continuando con su rutina criminalmente intacta.

Antes de cruzar la puerta principal, se detuvo. Miró el cielo bajo, sin sol, y entendió que el caso no empezaba allí. Solo se había dejado ver.

Y, por primera vez desde que recibió el expediente, sintió algo peor que el horror: la certeza de que alguien llevaba años haciéndolo. Con calma. Con método. Con protección.

CAPÍTULO 3

El segundo cuerpo apareció a trescientos kilómetros, como si alguien quisiera demostrar una tesis con la paciencia de un profesor cruel.

Fue en Tours, al borde de una carretera secundaria que olía a humedad vieja y a gasolina. El amanecer apenas levantaba la niebla de los prados cuando una patrulla rural encontró la bolsa: un bulto negro, pesado, abandonado junto a una zanja donde el agua estancada reflejaba un cielo sin color. La cinta de balizamiento, tensada entre dos postes, se convirtió en una frontera frágil contra el mundo; al otro lado, el tráfico siguió pasando, indiferente, con la misma regularidad con que las noticias se consumen y se olvidan.

El niño —otro varón, otra edad parecida— tenía la piel demasiado pálida para la estación. Como si lo hubieran guardado en frío, como si lo hubieran conservado. La camisa estaba limpia, sin barro, sin hierba pegada: no había signos de lucha en el lugar. No era una escena; era un depósito.

El capitán de la gendarmería de Tours pidió apoyo a París antes de que terminara el primer cigarrillo. Lo pidió con esa mezcla de orgullo y alivio de quien sabe que hay cosas que no pertenecen a provincias.

Julien Morel llegó dos horas después, con el cuello del abrigo levantado y una mala noche todavía pegada a los párpados. El viaje en tren desde París le dejó en la boca un sabor metálico, como si hubiera estado masticando su propia ansiedad. En el coche oficial que lo llevó desde la estación, miró los campos grises, las casas bajas, la vida tranquila de una mañana de semana, y sintió una

punzada de rabia: la tranquilidad era una mentira que alguien se estaba tomando el trabajo de desmentir.

El lugar del hallazgo era discreto, casi banal. Un camino de servicio, unos árboles desnudos, una zanja. Ningún edificio cerca. Julien pensó en la primera víctima, en el descampado a las afueras, en ese vacío elegido con precisión. No buscaban ocultar el crimen. Buscaban evitar el ruido.

—¿Es suyo? —preguntó el capitán local, un hombre con bigote recortado y manos ásperas de frío.

Julien no respondió enseguida. Observó la bolsa, el modo en que estaba colocada, el gesto de cuidado con que alguien la dejó a un lado, no en medio, como quien respeta una norma de circulación invisible.

—Puede ser de todos —dijo al fin—. ¿Han tocado algo?

—Nada. Esperamos.

En la periferia, un fotógrafo judicial se arrodillaba con la paciencia de un entomólogo. El flash golpeó la niebla y la convirtió, por un instante, en vidrio.

Julien se acercó lo suficiente como para ver el rostro. Los ojos del niño estaban cerrados, los labios entreabiertos. No había sangre. No había violencia evidente. Solo esa calma impostada que a Julien le resultaba más obscena que un cuchillo.

El forense de Tours, un médico joven con ojeras recién adquiridas, murmuró al oído del capitán y luego miró a Julien como si se dirigiera a alguien que ya conoce el final de la historia.

—Lo mismo que en París —dijo, sin rodeos—. La incisión es… quirúrgica.

Julien sintió que se le aflojaba algo en el estómago. La palabra “mismo” era un pasaporte a una pesadilla más grande.

—¿Han hecho extracción aquí? —preguntó.

El médico negó con una lentitud casi respetuosa.

—No aquí. Ni cerca. No hay rastro de tierra, ni de fibras del lugar. No pasó por esta zanja. Esto es un punto de entrega.

Un punto de entrega. Julien repitió mentalmente la frase, como si al hacerlo pudiera domesticarla. No era un homicidio; era logística.

En París, la sala de autopsias tenía el mismo olor a desinfectante y metal, una mezcla que se pegaba a la ropa como un reproche. El primer niño ya no estaba allí; quedaban informes, fotos, y una carpeta que Julien llevaba bajo el brazo como si fuera un órgano propio.

El segundo cuerpo llegó en una camilla, envuelto en sábana blanca. La blancura, bajo las luces frías, parecía una burla. El forense principal, el mismo que había pronunciado la frase del capítulo anterior —"no es el primer cuerpo que veo así"—, saludó a Julien con una mirada seca. No había espacio para cortesías.

—Míralo —dijo, levantando un borde de la sábana—. ¿Ves?

Julien vio.

La línea de sutura, impecable, cruzaba el abdomen con exactitud. No era la costura torpe de un improvisado; era el trabajo de manos entrenadas. La piel alrededor no mostraba el enrojecimiento típico de una intervención hecha con prisa. Y, sin embargo, todo había sido rápido. Demasiado rápido para que el niño siguiera vivo al final.

El forense señaló con una pinza.

—Riñón. Y algo más. Lo confirmaremos, pero el patrón coincide. Y antes de que preguntes: sí. Hay signos de abuso previo.

Julien apretó la mandíbula. La palabra "previo" añadía una temporalidad insoportable: no era un acto único, era un proceso.

Alguien retenía, usaba, preparaba. Luego cortaba.

—¿Se pudo haber hecho en un hospital? —preguntó Julien, oyendo su voz desde lejos.

El forense soltó una breve exhalación que no era risa.

—En un hospital real, habría registros, equipos completos, personal. Esto es… —buscó una palabra y la dejó caer— una sala montada. Pero no una chapuza. Una sala montada por alguien que sabe exactamente lo que necesita.

Julien pensó en garajes, sótanos, clínicas privadas. Pensó en el silencio que compra el dinero. Pensó en un niño anestesiado en una mesa, mirando lámparas que no pertenecen a ningún quirófano oficial.

—¿Tiempo de muerte? —preguntó.

—Dentro del mismo margen que el otro. Y aquí está lo que te interesa de verdad.

El forense abrió una carpeta. Dos hojas, dos columnas de datos, números escritos con letra apretada. Julien reconoció el formato: tiempos estimados, temperatura corporal, rigidez, degradación. El lenguaje de la descomposición convertido en estadística.

—¿Qué?

—Mira las horas aproximadas. El intervalo quirúrgico. La ventana en la que tuvieron que hacer la extracción para que el órgano sirviera.

Julien se inclinó. Los números eran fríos, pero su coincidencia quemaba.

—No puede ser…

—Sí puede —dijo el forense—. Coinciden.

Julien levantó la vista.

—¿Exactamente?

—Dentro del margen. Pero es un margen pequeño. Casi obsceno. Como si trabajaran con un cronómetro.

Un cronómetro. Julien imaginó un reloj sobre una mesa, un segundo hombre apuntando, una cadena de pasos coordinados. El crimen como una operación industrial. Sintió una náusea breve y la tragó con la disciplina de quien ha visto cosas, pero no tantas.

—¿Y la anestesia? —preguntó, porque necesitaba agarrarse a algo técnico, a una pregunta que no fuera pura desesperación.

—Mis análisis preliminares indican sedación. Bien hecha. Nada improvisado. Lo que refuerza la idea de una organización. No un loco. No un depredador solitario.

Julien se quedó callado. En el silencio, el zumbido de las luces parecía un insecto atrapado. Afuera, el mundo seguía girando. Aquí adentro, cada dato era una grieta más en la idea de control.

En la comisaría central, el aire estaba cargado de café recalentado y papel húmedo. Julien desplegó sobre la mesa un mapa con chinchetas: París, el descampado; Tours, la zanja. Dos puntos rojos separados por una distancia que no tenía sentido para un asesino impulsivo, pero sí para alguien que transporta mercancía.

Un superior entró sin pedir permiso. Tenía esa forma de andar de los hombres que creen que el edificio les pertenece.

—Morel —dijo—, ¿qué me traes ahora?

Julien no levantó la voz. La ira, pensó, era útil solo si se podía dirigir.

—Un segundo cuerpo. Otra ciudad. Mismo procedimiento.

El superior frunció el ceño, como si estuviera calculando el costo político de la frase.

—¿Estás seguro?

Julien empujó el informe hacia él. El hombre hojeó, rápido, sin leer. Ya conocía el tipo de horror; lo que le preocupaba era el eco.

—Esto se va a filtrar —murmuró.

—Ya se filtró —respondió Julien—. En cuanto un gendarme vio la sutura, supo que no era un atropello ni un ajuste de cuentas. Y la gente también lo va a saber. Los padres lo saben antes de que se lo digamos.

El superior cerró la carpeta.

—No necesitamos pánico. Necesitamos prudencia.

Julien sintió que la palabra "prudencia" se parecía demasiado a "silencio".

—Necesitamos recursos —dijo—. Y un equipo. Esto no lo sostiene un inspector con un cuaderno.

—¿Me estás diciendo cómo hacer mi trabajo?

—Le estoy diciendo que alguien está cazando niños con un método. Y que no se detuvo con el primero.

El superior lo miró con una mezcla de fastidio y algo parecido al miedo, aunque no lo reconocería.

—No tomes decisiones por tu cuenta, Morel. No juegues al héroe.

Julien pensó en la bolsa negra junto a la zanja. En la camisa limpia. En la sutura perfecta. En el tiempo quirúrgico calculado.

—No estoy jugando —dijo, y su voz salió más baja de lo que esperaba—. Ellos sí.

El superior se fue sin responder. El portazo fue suave, casi elegante, como si incluso el enojo tuviera que mantener ciertas formas.

Esa noche, Julien regresó a su departamento sin encender la luz del pasillo. El silencio le pareció una trampa. Se quitó el abrigo, dejó las

llaves en la mesa y se quedó de pie, escuchando el murmullo distante de la ciudad. París seguía siendo París: autos, risas, una radio en algún apartamento vecino. La normalidad como un decorado que alguien no se molestaba en desmontar.

Abrió su carpeta de notas. Dos fechas. Dos lugares. Un intervalo idéntico. Como si los niños hubieran sido sacrificados no por impulso, sino por calendario.

Pensó en una red de transporte. En contactos médicos. En compradores. En alguien que paga por un órgano y por el silencio que viene con él. Y, peor aún, pensó en la limpieza del trabajo: no era solo dinero, era acceso. Era protección.

Julien se acercó a la ventana. Abajo, una madre cruzaba la calle con un niño de la mano. El pequeño saltaba sobre los charcos como si el mundo no pudiera traicionarlo. Julien sintió una punzada seca en el pecho, algo que no era ternura sino un tipo de duelo anticipado.

Volvió a la mesa, tomó el teléfono y marcó al forense.

—Necesito que me lo repitas —dijo cuando escuchó la voz al otro lado—. Los tiempos.

Hubo un silencio breve, de papeles moviéndose.

—Coinciden —confirmó el forense—. Como si hubieran repetido la misma operación en la misma ventana. No es casualidad, Morel.

Julien colgó despacio. Se quedó mirando el auricular como si fuera un objeto ajeno.

En su libreta, escribió una sola frase, y al verla le pareció que pesaba más que todo lo demás:

No improvisan.

Cerró la libreta con fuerza. La cuenta atrás ya había empezado, aunque nadie hubiera dicho la palabra “guerra”. Afuera, París

respiraba. En algún lugar, en alguna habitación sin ventanas, alguien miraba un reloj y preparaba el siguiente paso.

CAPÍTULO 4

La sala de reuniones de la Policía Judicial olía a café recalentado y a humo viejo, como si las paredes hubieran aprendido a absorber el cansancio de los hombres. Julien Morel permanecía de pie junto a la ventana, mirando el patio interior donde un coche patrulla arrancaba con un traqueteo húmedo. Llovía en diagonal; el agua hacía brillar el asfalto con un lustre sucio. En la mesa, dos carpetas idénticas, sin nombre en el lomo, esperaban como una sentencia.

El comisario Delon habló sin mirarlo.

—Han decidido reforzarnos. Desde París. Un equipo.

Julien se giró despacio. Había aprendido a leer el vocabulario de sus superiores: *reforzarnos* significaba control, supervisión, alguien más para vigilar lo que él hacía y lo que estaba a punto de decir a la prensa. Delon evitó mencionar la palabra "perfiladores", como si fuera una superstición.

—¿Un equipo? —repitió Julien.

Delon asintió y deslizó una de las carpetas hacia él.

—Llegan hoy. Encabeza Luc Bernard.

El nombre tuvo un peso inmediato, un golpe sordo. Julien lo había oído en pasillos y cursos, pronunciado con respeto o con resquemor. Bernard: el hombre que prefería estadísticas a intuiciones, que no se ensuciaba los zapatos en una escena del crimen si no era necesario, que podía convertir el dolor en ecuaciones sin que se le moviera un músculo de la cara.

Julien abrió la carpeta. Fotografías de los dos niños. Los cortes. Los puntos. La precisión. Había visto esas imágenes una docena de veces, y aun así le crujieron dentro como vidrio.

—No necesitábamos psicólogos —dijo, más brusco de lo que pretendía.

Delon por fin alzó la vista, y Julien descubrió en sus ojos una mezcla indecisa de irritación y alivio.

—No son psicólogos. Son analistas. Y… —delon se interrumpió— no es una propuesta, Morel. Es una orden.

Julien cerró la carpeta con los dedos tensos.

—¿También es una orden que se enteren los ministerios antes que los padres?

Delon apretó los labios. No contestó. Esa era, en sí misma, una respuesta.

A media mañana, el ascensor se abrió con una campanilla cansada y el equipo entró en el piso como si ya lo conociera. Eran tres, pero la presencia de uno llenaba el pasillo. Luc Bernard caminaba al frente, alto, de hombros estrechos, un abrigo oscuro que parecía recién planchado. No miraba alrededor; observaba, que era distinto. La mirada rápida y fría de quien clasifica. Tras él, una mujer de unos treinta y tantos, cabello recogido con un gesto sin adorno, cargaba una caja con carpetas y un termo. Julien la reconoció por una foto en un boletín interno: Sophie Lambert, victimología infantil. El tercero era un hombre de gafas, más joven, cuyo nombre Julien no alcanzó a retener; llevaba un maletín con el cuidado de un sacerdote llevando un cáliz.

Bernard se detuvo ante Julien y extendió la mano.

—Detective Morel.

El apretón fue breve, firme, sin calidez, sin hostilidad. Profesional.

—Bernard —respondió Julien, y detestó que su propia voz sonara más tensa de lo normal.

Bernard no sonrió. Se limitó a inclinar la cabeza, como si confirmara un dato.

—Necesito ver el expediente completo. Fotos originales. Informes de autopsia, sin resumen. Y a ser posible, acceso directo al forense.

Delon se acercó con prisa contenida, dispuesto a ocupar el espacio como mediador.

—Tendrán lo que pidan. Pero con discreción absoluta.

Bernard lo miró por primera vez, con una atención que no pedía permiso.

—La discreción no detiene a nadie, comisario.

Delon se quedó inmóvil un segundo, como si le hubieran señalado una verdad indecente. Sophie Lambert bajó la vista hacia su caja, para no participar en el choque, o para no darle importancia. Julien sintió una punzada de satisfacción que se le ensució al instante: aquella gente no venía a ser aliada; venía a poner nombre a lo que él ya intuía.

Se encerraron en la sala de reuniones. Sobre la mesa fueron apareciendo las fotografías, como cartas de una baraja maldita. Bernard trabajaba sin prisa, pero sin pausa. No hacía comentarios a la ligera. Tomaba notas en un cuaderno cuadriculado, con una letra compacta, casi quirúrgica.

Julien lo observaba en silencio, esperando el momento en que ese hombre dijera algo útil o algo insoportable. Sophie Lambert, en cambio, miraba las fotos con una quietud extraña, como quien mira un incendio y trata de contar cuántas habitaciones ya se han perdido. De vez en cuando cerraba los ojos un instante, apenas un parpadeo más largo. Julien pensó en los padres y en esa pausa mínima que separa un antes de un después definitivo.

Bernard levantó la primera fotografía —el torso pequeño bajo la luz blanca de la morgue— y la mantuvo a cierta distancia.

—No hay improvisación —dijo.

Su voz era baja, plana, pero cada palabra caía con precisión.

—Eso ya lo sabemos —saltó Julien—. Lo sabemos desde la primera autopsia.

Bernard no se molestó.

—Usted sabe que los cortes son limpios. Lo que quizá no ha considerado es el resto del entorno. La logística.

Señaló con el bolígrafo un margen de la imagen donde apenas se veía un rastro en la piel: una marca redondeada, una leve sombra violácea.

—¿Ven esto? Adhesivo médico. Se usó monitorización. Pulsioximetría, quizá. El niño estuvo sedado o anestesiado. Para hacer esto sin que haya lucha… —se interrumpió—. Es probable que hubiera más de una persona.

Sophie Lambert apoyó los dedos en el borde de la mesa, como si necesitara tocar algo sólido.

—Y alguien que sabe calmar —añadió ella—. O que sabe asustar lo suficiente para inmovilizar sin ruido.

Julien sintió el impulso de discutir, de exigir pruebas, pero se mordió la lengua. Tenía la sensación de estar en una clase donde el profesor disecciona una tragedia con la misma voz que usaría para hablar de un motor.

Bernard pasó a la segunda carpeta: el segundo niño, otra ciudad, otra madrugada. Las coincidencias eran insultantes.

—Mismo tiempo de extracción —continuó—. Misma secuencia. Misma falta de errores. Esto no es un depredador solitario aprendiendo sobre la marcha. Es un procedimiento.

Julien apretó los nudillos contra la mesa.

—¿Qué busca? ¿Un perfil? Dígame algo que nos lleve a un rostro.

Bernard lo miró por fin como se mira un espejo que devuelve una imagen que no se quiere.

—Un rostro no es suficiente. Usted quiere un culpable porque su sistema está diseñado para uno. Pero aquí… —hizo una pausa, y la sala pareció estrecharse— aquí hay estructura.

El tercer perfilador, el de las gafas, carraspeó con timidez.

—Podría tratarse de una red pequeña. Cuatro o cinco…

Bernard lo cortó sin levantar la voz.

—Pequeña no. Eficiente.

Sophie Lambert abrió una carpeta distinta, con hojas de color amarillento. Fotografías escolares, fichas, direcciones de los barrios. Julien reconoció la manera en que ella buscaba a los niños en el papel, no solo en la carne.

—Los dos vivían en periferias —dijo Sophie—. Familias con poca capacidad de presión. Padres que trabajan a turnos. Ausencias. Rutas repetidas. Lugares donde un niño puede desaparecer sin que el barrio entero se organice.

Julien pensó en el primer padre, el que había entrado a comisaría con el rostro descompuesto y las manos todavía manchadas de tiza de la escuela. Pensó en cómo la sala de espera había parecido demasiado limpia para tanto dolor. Y en cómo, apenas treinta minutos después, un superior le había pedido "prudencia".

Bernard cruzó las manos, como quien concluye una operación.

—El autor o autores necesitan tres cosas: acceso a niños seleccionables, un lugar de retención seguro y capacidad médica. Eso requiere cobertura. No solo dinero: silencio.

Delon, que había permanecido en una esquina con los brazos cruzados, se movió inquieto.

—¿Está insinuando…?

Bernard no le dejó terminar.

—No insinúo. Enumero requisitos.

Julien se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué dice su… enumero-requisitos sobre dónde buscar?

Bernard cerró el cuaderno, como si esa pregunta fuera la que esperara desde el principio.

—Busque instituciones. Lugares donde un niño puede entrar sin registro formal o donde el registro se puede alterar. Asociaciones "de caridad", centros deportivos, internados. Y clínicas privadas, obviamente. Pero no cualquier clínica: una que pueda hacer desaparecer material, que tenga permisos para anestesia, que compre sin hacer preguntas.

Sophie agregó en voz baja:

—Y gente acostumbrada a tocar cuerpos sin que eso despierte alarma. Profesiones respetables.

Julien sintió un frío particular, uno que no venía del invierno ni de la lluvia. Había un filo en esa frase: "profesiones respetables". El mal con uniforme, con credencial, con una sonrisa entrenada.

Bernard se levantó y caminó hasta la ventana. Afuera, la lluvia golpeaba el vidrio con insistencia. El patio estaba vacío, salvo por un cenicero desbordado.

—Lo más importante —dijo, sin girarse— es entender el objetivo. No matan por matar. Los niños son… —buscó la palabra, y eso fue lo más parecido a una duda— materia.

Julien sintió náuseas, no por la crudeza, sino por la exactitud. *Materia.* Como piezas.

Delon intentó recuperar terreno.

—¿Y la Policía Judicial qué hace con eso, Bernard? ¿Qué propone? ¿Más vigilancia? ¿Más controles?

Bernard se volvió. En su rostro no había triunfo. Solo una serenidad inquietante.

—Primero, deje de tratar esto como dos homicidios. Segundo, acepte que hay protección. Nadie opera así sin sentirse seguro. Tercero… —miró a Julien— su detective tiene razón en algo: hay prisa. Pero la prisa no es nuestra. Es de ellos. Cuando una red se activa, no se detiene porque nosotros hagamos reuniones.

Julien tomó aire. Notó que Sophie lo observaba con una gravedad discreta, casi compasiva, como si entendiera el tipo de rabia que se acumula cuando no hay un blanco claro.

—¿Protección de quién? —preguntó Julien.

Bernard lo miró con una paciencia seca.

—Eso se descubre cuando uno tropieza con la primera puerta que no se puede abrir.

En la mesa, el teléfono negro permanecía inmóvil, como si esperara que alguien lo despertara. Julien imaginó una llamada informando de otro niño. Una tercera ciudad. Un tercer cuerpo con el mismo silencio quirúrgico. El patrón no solo se repetía: se afirmaba.

El perfilador de gafas empezó a enumerar rutas, posibles puntos de captación, mapas. La conversación se llenó de coordenadas. Julien escuchó, pero parte de él seguía en la morgue, en el brillo de los tubos fluorescentes, en esa piel pequeña convertida en informe.

Al final, Bernard cerró las carpetas con un gesto que parecía de respeto, o de cierre ceremonial.

—Si esperan un asesino con un cuchillo y un sótano —dijo—, perderán. Si aceptan que se enfrentan a un sistema, quizá ganen tiempo. No justicia. Tiempo.

Delon frunció el ceño.

—Aquí no estamos para filosofar.

Bernard recogió su cuaderno y se lo guardó en el bolsillo interior del abrigo.

—No es filosofía, comisario. Es diagnóstico.

Julien sostuvo la mirada de Bernard, buscando una grieta. No la encontró. Solo esa certeza helada, esa manera de hablar como si el horror fuera un plano técnico. Y, sin embargo, Julien notó algo: Bernard no era indiferente. Era otra cosa. Un hombre que se obligaba a la frialdad porque, si aflojaba, el mundo se le vendría encima.

Sophie Lambert, al pasar junto a Julien, murmuró apenas:

—No se acostumbre. Nunca se acostumbra.

Julien quiso responder, pero el sonido del teléfono lo interrumpió. Un timbre corto, agresivo, que cortó el aire de la sala como una cuchilla. Delon levantó el auricular. Su rostro cambió en dos segundos: de la autoridad a la alarma, de la máscara al miedo.

—¿Dónde? —preguntó, y su voz se volvió más grave—. ¿Otra vez?

Julien sintió que el estómago se le hundía. Bernard no se movió, pero sus ojos se afinaron, atentos como un bisturí.

Delon colgó despacio, como si el peso del auricular fuera demasiado.

—Han encontrado un tercero —dijo.

Nadie habló. La lluvia seguía golpeando el vidrio. Julien se dio cuenta de que, a pesar de todo, una parte de él esperaba que el patrón se rompiera, que la realidad se negara a cumplir la lógica.

Bernard fue el primero en romper el silencio.

—Esto no es un asesino —dijo, y su voz no tenía ya ninguna pedagogía—. Es una red.

CAPÍTULO 5

Sophie Lambert no necesitaba mirar las fotografías para sentir el peso. Aun así, las extendió sobre la mesa como quien ordena cartas marcadas. Eran rostros de niños que no alcanzaban a sostener una expresión definida ante la cámara: entre la timidez y la insolencia, entre la confianza y una alerta que nadie supo leer. En la sala de reuniones de la Policía Judicial, el aire olía a café recalentado y a papel húmedo. Afuera llovía con constancia, esa lluvia fina que parecía no caer del cielo sino filtrarse desde las paredes.

Luc Bernard se quedó de pie, apoyado en el respaldo de una silla, sin tocar nada. Julien Morel permanecía sentado, con un cuaderno abierto y la mirada clavada en la mesa como si así pudiera impedir que las imágenes se movieran.

Sophie carraspeó. Tenía la voz más baja de lo habitual, no por debilidad, sino por respeto.

—Antes de hablar de patrones —dijo—, quiero que hablemos de los niños. No de las víctimas. De los niños.

Pasó el dedo por una foto, sin tocarla del todo, como si temiera dejar una mancha.

—Primero: casi todos son "invisibles". No en el sentido romántico, sino administrativo. Hogares con mudanzas frecuentes. Padres ausentes, turnos nocturnos, hermanos mayores que hacen de adultos. Algunos están en listas de asistencia incompletas. Otros cambiaron de escuela dos veces en un año. Niños que pueden faltar un día y no se activa una alarma hasta que es tarde.

Julien tragó saliva. En su cabeza, la escena del primer hallazgo volvía como un reflejo involuntario: el descampado, el barro, el

cuerpo pequeño con la ropa ordenada de un modo que parecía deliberado. Como si alguien hubiera querido devolver algo de dignidad después de arrebatarlo todo.

Luc asintió, pero no como gesto de empatía; era la confirmación fría de una hipótesis.

—La red elige donde el ruido es menor —murmuró.

Sophie tomó una carpeta azul. Dentro había fichas con datos escolares, historiales médicos, notas de trabajadores sociales. Las hojas tenían esquinas dobladas, manchas de café, huellas de dedos apurados. No eran expedientes; eran restos de vidas comprimidas en burocracia.

—Hay un rango —continuó—. Todos entre siete y diez años. Varones. No hay excepciones… hasta ahora. La mayoría no tiene antecedentes clínicos importantes. Eso es clave. No los toman enfermos. Los toman sanos.

Julien alzó la vista, por fin.

—¿Por qué sanos? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta y aun así la odiaba.

Sophie lo miró con una dureza tranquila.

—Porque son… útiles. —La palabra cayó con una precisión que hizo que a Julien le ardieran los nudillos. Sophie no se disculpó—. No hay enfermedad previa que complique procedimientos. Un cuerpo sano es un cuerpo predecible.

En el extremo de la mesa, un agente joven dejó un vaso de agua y se marchó sin decir nada. Nadie lo tocó. El agua quedó ahí, transparente y absurda, como una oferta de normalidad.

Sophie cambió de ficha.

—Otro punto: todos los niños tenían rutinas que podían estudiarse sin levantar sospechas. Caminos repetidos. Horarios fijos. Paradas de

autobús. El tipo de trayecto donde un adulto puede "ayudar" sin parecer amenaza. Y en dos de los casos, hubo testigos que recuerdan… un hombre amable. No un monstruo.

Julien sintió el impulso de levantarse, caminar, hacer algo con el cuerpo para no quedarse atrapado en esa mesa. Se contuvo. Había aprendido, a fuerza de escenas del crimen, que la incomodidad era una forma de verdad.

Luc intervino:

—¿Hay señales de selección por entorno religioso? —La pregunta sonó calculada, como si evitara pronunciar ciertos sustantivos.

Sophie no respondió de inmediato. Se inclinó hacia los papeles, como si en ellos pudiera encontrar una forma menos brutal de decirlo.

—Tres de los niños asistían a catequesis. Dos participaron en coros parroquiales. Y uno —hizo una pausa— estaba en un internado. No es suficiente para afirmar un filtro religioso, pero sí sugiere acceso. Lugares donde un adulto con autoridad puede acercarse sin levantar defensas.

Julien apretó el bolígrafo hasta casi partirlo. Recordó su infancia en un barrio donde el cura era invitado a comer los domingos y los niños corrían a besar un anillo por costumbre, sin entender.

—Entonces no es solo captura —dijo Julien—. Es… preparación.

Luc lo miró de reojo. Un destello breve, casi imperceptible, que decía: exactamente.

Sophie extendió otra fotografía. Era de un niño de pelo castaño, sonrisa ladeada. Tenía una cicatriz pequeña en la ceja, como de caída en bicicleta.

—Quiero que vean esto —señaló—. Los niños no aparecen de la nada. Hay microseñales previas que no se registraron porque nadie las conectó. Faltas intermitentes. Un cambio de conducta. Un dibujo

en clase con figuras adultas sin rostro. En el segundo caso, el maestro escribió "más callado" en un boletín. Eso fue todo. "Más callado". Como si el silencio fuera solo una fase.

La lluvia golpeó una ventana con fuerza, una ráfaga que hizo vibrar el marco. Julien pensó en la ciudad entera, miles de ventanas, miles de cocinas, niños desayunando sin saber que alguien podía estar contando sus pasos.

—No podemos pedirles a los padres que hagan lo imposible —añadió Sophie, y en su voz apareció por fin algo parecido al cansancio—. Pero tampoco podemos seguir fingiendo que esto es azar. Hay método. Hay paciencia. Hay recursos.

Julien vio cómo, en el margen de una ficha, alguien había escrito a mano: "Madre nerviosa, poco colaboradora". Sintió una rabia seca. No era la madre. Era el mundo señalando a la madre para no señalar al poder.

—¿Y los cuerpos? —preguntó. La pregunta se le escapó con un filo que no pretendía, como si al pronunciarla pudiera dominar la imagen.

Sophie endureció el gesto.

—Los cuerpos hablan de control. No hay improvisación. No hay exceso visible. Lo que hay… es eficiencia. —Volvió a mirar las fotos, no como morbo, sino como quien lee un informe de guerra—. Abuso previo, sí. Pero incluso eso parece… reglado. No hay sadismo caótico. Es instrumental. Es como si hubiera un protocolo.

Luc respiró despacio.

—Una red necesita protocolo —dijo—. Para repetir. Para delegar. Para que cualquiera pueda hacer una parte sin saber el todo.

Julien sintió un frío en la boca del estómago. "Cualquiera pueda hacer una parte". Como en una cadena de montaje. Como si el mal también pudiera industrializarse.

Sophie tomó entonces una última ficha, más nueva, impresa con prisa. La colocó en el centro, separada del resto. Julien vio el nombre: Étienne L… La letra parecía más negra, más reciente. La foto mostraba a un niño rubio, piel pálida, mirada directa. Demasiado directo para la edad; o tal vez era la fotografía la que lo traicionaba.

—Ahora viene lo que no encaja —dijo Sophie.

Luc se enderezó apenas. Julien inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Este niño no pertenece al mismo grupo social —continuó Sophie—. Padres presentes. Profesionales. Una madre que insistió desde el primer minuto. Un padre que fue a la comisaría con un abogado. Escuela privada. Barrio sin antecedentes. Un niño que, en teoría, no es "fácil".

Julien sintió que el aire cambiaba. Como si alguien hubiera abierto una puerta hacia un pasillo más oscuro.

—¿Y entonces? —preguntó Luc.

Sophie bajó la voz, como si temiera que la sala tuviera oídos.

—Entonces no estamos ante un depredador que se alimenta solo de lo que la ciudad le deja suelto. Estamos ante alguien que puede permitirse elegir. O que… necesitaba a este.

Julien miró la foto del niño rubio. Algo en esa cara le resultó inquietantemente familiar, no por haberlo visto antes, sino por lo contrario: por cómo parecía pertenecer a una vida protegida. Un niño que tendría quien lo buscara, quien hiciera preguntas, quien saliera en televisión.

—¿Un error? —aventuró Julien, esperando casi que fuera eso.

Sophie negó despacio.

—No hay errores en una operación que corta con precisión quirúrgica. Si lo tomaron, es porque podían. O porque querían enviar

un mensaje.

Luc se acercó por fin a la mesa y tocó la ficha con la yema del dedo, como si verificara que era real.

—Cuando una organización deja su zona segura —dijo—, suele ser por presión… o por necesidad.

Julien sintió un zumbido en los oídos. Pensó en los superiores que pedían discreción, en la prisa por cerrar, en las llamadas que se cortaban al levantar el auricular. ¿Presión por parte de quién? ¿Necesidad de qué?

Sophie guardó silencio unos segundos. En esa pausa, el ruido de la lluvia tomó el control de la habitación, como si el mundo insistiera en seguir funcionando aunque dentro se estuviera desmoronando algo esencial.

—Hay otra cosa —añadió ella al fin—. Este niño tenía seguimiento médico regular. Un pediatra. Vacunas al día. Análisis recientes. El tipo de historial que… facilita compatibilidades. —No dijo la palabra, pero todos la escucharon igual.

Julien cerró el cuaderno. El golpe seco sonó demasiado fuerte.

—Nos están ganando tiempo —dijo, más para sí que para los demás —. Están adelantados.

Luc lo observó con una calma que casi insultaba.

—No es una carrera —respondió—. Es una estructura. Y las estructuras no corren. Se sostienen.

Sophie reunió las fotografías y las alineó de nuevo, esta vez con cuidado, como si les devolviera un orden digno. Sus manos temblaron apenas, un temblor mínimo que delataba lo que su voz se negaba a mostrar.

—Si el patrón cambia —dijo—, significa que el centro de gravedad se movió. Y eso… es peligroso.

Julien se levantó al fin. Fue hasta la ventana. Miró la calle gris, los paraguas inclinados, la gente apurada hacia casas tibias. Una vida que no sabía. O que prefería no saber.

Detrás de él, Luc recogió su abrigo.

—Quiero todas las denuncias de desapariciones en colegios privados de los últimos seis meses —ordenó—. Y revisen internados. También parroquias. Sin ruido. Sin filtraciones.

Sophie se quedó sentada, mirando el lugar vacío que las fotos habían dejado sobre la mesa. Julien entendió que para ella, esa ausencia pesaba más que cualquier imagen.

—Julien —dijo Sophie, sin mirarlo—. Si este niño no encaja… entonces tampoco encaja nuestra idea de quién puede ser tocado.

Julien sintió que la frase le raspaba por dentro. Se giró, pero no encontró una respuesta. Solo la certeza de que, en algún lugar, alguien había decidido cruzar una línea.

Y cuando una línea se cruza una vez, ya no vuelve a existir.

CAPÍTULO 6

El despacho olía a café recalentado y a papel húmedo. Julien reconoció el aroma antes de ver la pila de carpetas: el tipo de desorden que no nace de la prisa, sino de la costumbre de tapar cosas. En la ventana, París era una lámina gris, sin relieve, como si la ciudad también estuviera cansada de mirar.

Le habían dicho que subiera "un momento". Ese "momento" llevaba la misma cortesía que una mano en el hombro para apartarte del borde.

El comisario Delon no levantó la vista cuando Julien entró. Movía un bolígrafo entre los dedos, despacio, como si midiera el peso exacto de cada palabra que iba a soltar.

—Siéntate, Morel.

Julien no se sentó de inmediato. Miró el cenicero lleno, el vaso de agua sin tocar, el teléfono con la línea externa descolgada. Había cosas pequeñas que anunciaban visitas recientes.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Delon alzó por fin la mirada. Tenía los ojos rojizos, no por emoción sino por insomnio y tabaco. El tipo de cansancio que se vuelve obediencia.

—Te estás pasando de largo —dijo, sin preámbulos—. Estás pidiendo autorizaciones que no corresponden, cruzando llamadas con provincias, presionando a un forense para que te firme comparativas. Y ahora quieres… —consultó una hoja— …cotejar datos de donaciones hospitalarias y listas de trasplantes.

Julien tragó saliva. No por culpa, sino porque la palabra "trasplantes" había quedado suspendida en el aire, sucia, como si él la hubiese inventado.

—No "quiero". Lo necesito. No son dos casos aislados. Ya lo sabe Luc Bernard.

—Luc Bernard sabe lo que le dicen que sepa. —Delon dejó el bolígrafo—. Julien, escucha. Hay una directiva.

Directiva. La palabra entró como un golpe seco. Julien se apoyó en el respaldo de la silla sin haber decidido sentarse, como si la gravedad lo empujara.

—¿De quién?

Delon no respondió al principio. Se llevó la mano a la frente y se la frotó, despacio. La pausa fue peor que una negativa.

—Del ministerio —dijo al fin—. Y del prefecto. Y de más arriba, si quieres ponerle un nombre cómodo.

Julien sintió una punzada en la nuca. Lo cómodo era un lujo. Lo real era otra cosa.

—¿Más arriba que el prefecto?

—No empieces. —Delon bajó la voz—. Hay presión. La prensa está olfateando, los alcaldes están nerviosos, y el país no necesita… esto. No ahora.

"Esto". Como si fueran manchas de humedad en un edificio viejo. Como si fueran números.

Julien respiró despacio. Se obligó a hablar con calma, pero la calma le salió tensa.

—Son niños.

Delon mantuvo la vista fija en él, como si se esforzara por no pestañear.

—Lo sé. —Su tono no fue cruel. Fue peor: práctico—. Por eso mismo. Se va a crear una histeria. Y tú estás señalando direcciones que, francamente, nos van a hacer chocar con paredes de mármol.

Julien se inclinó hacia adelante.

—¿Qué paredes?

Delon tomó una carpeta, la abrió sin mirarla, gesto automático, y la cerró enseguida. Era teatro: manos ocupadas para no decir lo que importaba.

—No es tu trabajo decidir la geopolítica —soltó.

Ahí estaba. Julien sintió una corriente fría por debajo de las costillas: esa sensación de estar entrando en un cuarto donde ya han decidido tu papel.

—Mi trabajo es encontrar quién les hizo esto.

Delon dejó escapar una risa breve, sin humor.

—Tu trabajo es obedecer un marco. Y el marco acaba de cambiar.

Se hizo un silencio pesado. En el pasillo, alguien pasó arrastrando los pies. Un teléfono sonó dos veces en alguna oficina y se cortó.

Delon deslizó un papel sobre el escritorio. Julien lo miró: no hacía falta leerlo para entender el tipo de documento. Tenía sellos, fecha, y una frase al centro que parecía escrita con tinta más oscura: reasignación temporal.

—¿Me estás apartando? —preguntó Julien.

—Te estoy protegiendo —dijo Delon, y ni él mismo se lo creyó.

Julien tomó el papel con dos dedos. La palabra “temporal” siempre significaba “hasta que se enfríe”.

—¿Y quién queda?

—El equipo de Bernard sigue como consultor. El caso se centraliza con la Brigada de Menores y… otras unidades.

—¿Otras unidades? —repitió Julien.

Delon evitó sus ojos.

—Las que corresponden.

Julien dobló el papel, con cuidado, como quien pliega una prenda manchada sin querer tocarla demasiado. Notó cómo se le tensaban los dedos. En su cabeza aparecieron, sin invitación, las fotos: piel pálida bajo luz blanca, suturas limpias, el vacío donde debería haber vida. Y la voz de Sophie, baja, casi como una oración: *no tenían a nadie que gritara por ellos*.

—¿Esto viene porque la quinta víctima no encaja? —dijo Julien—. ¿Porque estamos cerca?

Delon lo miró un instante con algo parecido a la vergüenza. Duró poco.

—Viene porque estás haciendo demasiado ruido.

Julien se levantó. La silla protestó con un chirrido. Delon dio un pequeño gesto hacia la puerta, no como quien expulsa, sino como quien ya no soporta la escena.

—Devuélveme las carpetas —ordenó Delon—. Y entrégale tu acceso al archivo a la secretaria. Hoy.

Julien sintió que se le encendía la sangre, pero la rabia era una herramienta peligrosa en esa oficina. La guardó, como se guarda un arma sin seguro.

—¿También me van a quitar el caso del tablero? —preguntó.

Delon apretó la mandíbula.

—Ya está quitado.

En la sala del equipo, Luc Bernard estaba de pie frente al panel, donde antes colgaban fotografías, mapas con chinchetas y líneas rojas que se cruzaban como venas. Ahora quedaban huecos rectangulares más claros, marcas de cinta y sombras de papel. Alguien había desollado el tablero con precisión quirúrgica.

Sophie Lambert estaba sentada, rígida, con un cuaderno cerrado entre las manos. Su rostro tenía el color de la cera. Cuando vio entrar a Julien, no preguntó. La gente aprende rápido qué preguntas no se hacen en una comisaría.

Luc giró apenas la cabeza.

—Te han cortado —dijo, sin dramatismo.

Julien dejó el papel doblado sobre la mesa como si fuera una prueba contaminada.

—Oficialmente, sí.

Luc observó el documento un segundo. No necesitó leerlo. Sus ojos viajaron luego al panel vaciado.

—No sólo a ti —murmuró—. Están limpiando la escena.

Sophie habló por fin, con una voz que parecía venir de un lugar cansado.

—¿Y los niños? —preguntó—. ¿Qué pasa con ellos en esta… limpieza?

Julien miró el cuaderno de Sophie, sus manos apretándolo. Pensó en las fichas que ella había armado: edades, barrios, tutores ausentes, rutas a la escuela. Había puesto humanidad donde el expediente sólo ponía "varón, 9 años".

—Se convierten en un problema de comunicación —dijo Julien, y la frase le supo a óxido—. Eso pasa.

Luc se acercó a la mesa y bajó la voz, no por conspiración sino por instinto. En ese edificio, hasta las paredes tenían jerarquía.

—Te han estado observando desde antes del segundo cuerpo —dijo —. No es por tus maneras. Es por tus direcciones.

Julien apretó el puente de la nariz.

—¿Qué direcciones?

Luc no respondió de inmediato. Miró alrededor: la puerta entreabierta, el pasillo, una sombra que cruzó lejos. Luego volvió a Julien.

—Hospitals, beneficencias, transportes. Lugares donde la burocracia es un río y nadie pregunta qué trae la corriente.

Sophie tragó saliva.

—Yo revisé los expedientes sociales —dijo—. Hay visitas de asistentes en algunos casos. Firmas que no cuadran. Sellos de instituciones que… cambian de nombre cada dos años.

Julien sintió un hilo de lucidez, dolorosa y clara.

—Están protegidos —dijo.

Luc asintió apenas.

—O son parte del mismo aparato. —Sus palabras fueron sobrias, pero el desprecio se notaba en los bordes—. Y cuando un aparato se siente mirado, responde con silencio.

Julien miró el tablero vacío. En su mente seguían colgadas las fotos. Las líneas rojas aún unían puntos invisibles.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sophie.

Julien la miró. Vio en ella algo más que empatía: rabia contenida, una tristeza que había aprendido a convertirse en método. Quiso decirle que no sabía. Quiso mentirle. No pudo.

—No sé qué hacemos aquí adentro —respondió—. Pero sé lo que no voy a hacer: mirar hacia otro lado.

Luc tomó su abrigo del respaldo de una silla.

—Hay una vía —dijo—. Afuera de la institución. Sin sello, sin permiso.

Julien lo miró con recelo.

—¿Cuál?

Luc dudó lo justo para que se entendiera que era una decisión costosa.

—Periodistas —dijo—. Los que no necesitan autorización para hacer preguntas y no tienen un superior que les cierre la boca.

Sophie soltó una exhalación breve, como si ese aire llevara días atrapado.

—¿Y cuál? —preguntó—. La mayoría está comprada o asustada.

Luc clavó los ojos en Julien.

—Hay una mujer —dijo—. Duval.

El nombre cayó con un peso particular. Julien lo había escuchado en los pasillos, como se pronuncian los apellidos que dejaron heridas. Claire Duval: la reportera que se había retirado de golpe, la que había incomodado a demasiada gente como para seguir respirando tranquila en las redacciones.

Julien sintió una mezcla de impulso y temor. No era miedo por él. Era el presentimiento de que, si iba hacia esa puerta, ya no habría forma de regresar a la idea cómoda de justicia.

—¿La conoces? —preguntó.

Luc negó con la cabeza.

—La he leído. Y he visto lo que se dijo de ella cuando dejó de escribir. Cuando alguien desaparece del mapa sin morir, suele ser porque tocó algo que no se toca.

Sophie bajó la mirada al cuaderno, como si le pidiera permiso a las páginas.

—Si la llamas —dijo—, hazlo pronto. Hoy mismo. Si te han apartado, te van a vigilar.

Julien pensó en su apartamento, en el teléfono fijo, en los registros. Pensó en los ojos que no veía.

—No puedo usar las líneas de aquí —murmuró.

Luc se encogió de hombros.

—Entonces no uses las de aquí.

Julien tomó su chaqueta. El gesto fue automático, pero sintió que se vestía para otra vida.

—Dame su contacto —dijo.

Luc no sonrió. Buscó en su libreta y escribió un número en un papel pequeño, arrancado con cuidado. Se lo tendió como si fuera un fósforo.

Julien lo guardó en el bolsillo interno, cerca del pecho.

—¿Y ustedes? —preguntó, mirando a ambos.

Sophie levantó la vista. Sus ojos tenían un brillo opaco, como vidrio empañado.

—Yo seguiré revisando lo que pueda —dijo—. Aunque sea desde los bordes.

Luc se colocó el abrigo.

—Yo seguiré pensando —añadió—. Es lo único que todavía no pueden prohibir sin admitir que tienen miedo.

Julien caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo un instante. Escuchó el murmullo del edificio, su respiración de animal viejo: teléfonos, pasos, teclas. Era un organismo que sabía defenderse.

—No es sólo un caso —dijo, más para sí que para ellos—. Es un sistema.

Sophie apretó el cuaderno contra el pecho.

—Y los sistemas se alimentan de silencio —respondió.

Julien abrió la puerta. El pasillo estaba más frío de lo que recordaba. No miró atrás.

Al doblar la esquina, vio al fondo a un hombre con traje oscuro hablando con Delon. No era policía. No llevaba placa. No necesitaba llevarla. Cuando el desconocido giró la cabeza, sus ojos se posaron un segundo en Julien, como si tomara nota de una cifra.

Julien siguió caminando sin acelerar, con el papel del número quemándole el bolsillo.

Al salir a la calle, el aire de París le golpeó la cara con olor a lluvia y gasolina. La ciudad seguía su curso, indiferente, pero él ya no pertenecía al mismo ritmo.

Metió la mano en el abrigo, tocó el papel, y supo que el siguiente paso no iba a ser una orden ni un informe.

Iba a ser una llamada. Y, con ella, la certeza de que lo habían dejado solo a propósito.

CAPÍTULO 7

La orden de apartarlo llegó con una cortesía de oficina: papel membretado, firma rápida, una frase que fingía protegerlo. Julien leyó el texto dos veces, no porque no lo entendiera, sino porque necesitaba comprobar que la humillación era real. "Por el bien de la investigación", decía. Como si la investigación pudiera respirar mejor sin él.

En el pasillo de la Policía Judicial olía a café recalentado y a papel húmedo. Nadie lo miró a los ojos. Un agente joven, que hasta hacía una semana lo seguía con libreta en mano, fingió revisar un expediente. Julien sintió ese tipo de soledad que solo existe dentro de un edificio lleno de gente: una expulsión silenciosa, sin portazos.

Bajó las escaleras con el abrigo al brazo. Afuera, París era un cielo bajo y gris, con la lluvia suspendida como una amenaza. Se quedó un instante junto a la puerta, escuchando el rumor del tráfico y preguntándose en qué momento el caso dejó de ser suyo. Quizá nunca lo fue.

En su coche, con el motor apagado, sacó una libreta pequeña. En las últimas páginas había anotaciones sueltas, nombres incompletos, números de teléfono sin contexto. Una línea destacaba por encima del resto, escrita con tinta más cargada, como si la mano hubiera apretado: **Claire Duval**.

El nombre le había llegado por una vía lateral, como llegan las cosas que importan de verdad: en una frase a media voz, en un pasillo, con la advertencia de no repetirlo. Un forense viejo, que ya no creía en las jerarquías, se lo había soltado mientras se lavaba las manos.

—Si quiere entender esto, hable con Duval. Se retiró… pero no por cansancio.

Julien no conocía su cara, solo su reputación. En los setenta había sido la periodista de sucesos que se presentaba donde otros no iban; luego, de golpe, desapareció. En los archivos del diario, su firma se cortaba como una cuerda. Nadie explicaba el motivo.

Marcó el número desde una cabina —todavía quedaban algunas, como cicatrices urbanas— porque el teléfono de la comisaría era una boca con oídos. La línea tardó en dar tono. Cuando por fin contestaron, una voz femenina habló sin saludo.

—¿Sí?

No era una voz cansada. Era una voz alerta, pulida por la desconfianza.

—Claire Duval —dijo Julien, midiendo cada palabra—. Mi nombre es Julien Morel. Policía Judicial.

Silencio. En la cabina, el vidrio empañado devolvía un reflejo deformado de su cara: ojeras, mandíbula tensa, el gesto de quien ha visto demasiado sin permiso.

—No atiendo a la policía —respondió ella, y se oyó el movimiento de un cigarrillo, el roce mínimo del papel.

—No estoy llamando desde la comisaría. Y ya no estoy en el caso.

Aquello sí logró una pausa distinta, más larga.

—¿Por qué querría hablar conmigo alguien que ya no está en el caso?

Julien tragó saliva. Notó en la lengua un sabor metálico, como si su cuerpo recordara cada sala de autopsias.

—Han aparecido niños. Varones. Secuestrados, abusados. Les extraen órganos con precisión quirúrgica.

La respiración al otro lado se cortó apenas. No fue un jadeo, fue un cambio imperceptible, como cuando una cerradura gira.

—¿Dónde está usted? —preguntó Claire.

Julien miró alrededor: un boulevard húmedo, un kiosco cerrado, un hombre empujando un carrito de frutas con la cabeza gacha.

—Cerca de la Gare de Lyon.

—Tome un taxi. Dígale que lo lleve a Rue des Martyrs, número 18. No pregunte. Suba al tercero, puerta izquierda. Si alguien lo sigue, no suba.

—¿Cómo…?

—No pierda tiempo, Morel.

Colgó.

Durante el trayecto, Julien no dejó de mirar el espejo retrovisor. No vio a nadie, pero no por eso se tranquilizó. Había aprendido, con una rapidez amarga, que la ausencia de señales no era prueba de seguridad. En su mente desfilaban los rostros de los niños en fotos escolares, sus sonrisas congeladas antes de la noche. Y, encima de todo, la sensación de que alguien —alguien con manos limpias y traje caro— había decidido que la verdad era negociable.

El edificio de Rue des Martyrs era estrecho, con un zaguán oscuro donde olía a col hervida y a madera vieja. Subió las escaleras sin ascensor. En el tercer piso, la puerta izquierda tenía tres cerrojos. Llamó una vez. Luego otra.

Abrieron apenas una rendija. Un ojo lo examinó con rapidez clínica.

—¿Morel?

—Sí.

La puerta se abrió lo suficiente para dejarlo pasar y se cerró con un clic inmediato, como una boca que traga y vuelve a sellarse. El

departamento era pequeño, pero organizado con una precisión que no tenía nada de doméstica. Sobre la mesa había pilas de periódicos recortados, carpetas con etiquetas, una máquina de escribir cubierta con un paño, como si fuera un animal dormido. La luz era amarilla, de lámparas bajas. En el aire flotaba el olor a tabaco y a tinta.

Claire Duval no era la mujer que Julien había imaginado. No había decadencia ni nostalgia en ella. Llevaba el cabello recogido de manera práctica, sin concesiones. Tenía los ojos claros y quietos, de alguien que observa antes de ser observada. En su rostro había una línea de ironía permanente, no como burla sino como defensa.

—No se quite el abrigo —dijo—. Si se queda, será poco.

Julien se quedó de pie. Sintió que por primera vez en días alguien mandaba sin amenazar.

—Me apartaron del caso esta mañana —explicó—. Oficialmente por exceso de celo. Extraoficialmente porque estoy mirando donde no debo.

Claire encendió otro cigarrillo sin ofrecerle. Exhaló hacia un costado, lejos de los papeles.

—¿Cuántos cuerpos?

—Dos confirmados. Un tercero probablemente. Y… —Julien apretó la mandíbula— hay indicios de que no son los primeros.

Ella lo miró con una mezcla de compasión y distancia.

—Siempre creen que son los primeros —murmuró—. Siempre creen que llegan a tiempo.

Julien sacó de su bolsillo una fotografía doblada: el informe forense con una imagen borrosa del corte quirúrgico. Claire no necesitó tomarla. Bastó con verla.

La mano que sostenía el cigarrillo tembló apenas, lo justo para que la ceniza cayera. No la sacudió de inmediato. Parecía que su cuerpo

había reconocido antes que su mente.

—¿Dónde encontraron al primero?

Julien se lo dijo. Claire caminó hacia una estantería, sacó una carpeta verde sin mirar el lomo, como si supiera de memoria la ubicación de cada herida. La abrió sobre la mesa con cuidado, como quien despliega un mapa de un campo minado.

Dentro había recortes amarillentos, fotos en blanco y negro, notas mecanografiadas. Nombres de ciudades pequeñas, fechas antiguas. Julien vio una frase subrayada: **"intervención quirúrgica incompatible con crimen común"**. Era casi idéntica a lo que el forense le había dicho en el capítulo de su vida que todavía no tenía nombre.

—¿Qué es esto? —preguntó, aunque lo sabía.

Claire pasó el dedo por una de las páginas como si tocara una cicatriz.

—Un caso que no existió —respondió—. O, mejor dicho, un caso que existió hasta que dejó de convenir.

Julien se inclinó, leyó. Año 1976. Región de Borgoña. Niño varón desaparecido. Cuerpo hallado en un camino rural. Abuso. Extracción. Mismo tipo de corte, misma precisión, misma frialdad.

—¿Y la policía?

—Investigó lo suficiente como para asustarse —dijo Claire—. Luego llegaron llamadas, reuniones sin acta, la palabra "prudencia" repetida como un rezo. Yo publiqué dos notas. Dos. La tercera no salió nunca.

Julien alzó la vista.

—¿Quién la detuvo?

Claire sonrió sin alegría.

—El diario no me detuvo. Me detuve yo cuando entendí lo que estaba tocando.

Se movió hacia la ventana, apartó apenas la cortina. En la calle, la lluvia había empezado por fin, fina, insistente. Claire habló mirando afuera, como si le costara pronunciar ciertas cosas frente a un rostro humano.

—En aquel entonces, me citaron para "aclarar fuentes". Me recibió un hombre con traje oscuro y manos impecables. No era policía. No era político. Era otra cosa. Me ofreció un café y me dijo, con voz amable, que estaba confundiendo tragedias aisladas con una conspiración imaginaria. Me habló de reputaciones, de estabilidad, de familias que necesitaban paz.

Julien sintió un calor lento en el estómago. No era rabia pura; era algo más corrosivo: la certeza de que el mal no gritaba, convencía.

—¿La amenazó?

—No directamente. No hizo falta. Me mostró que sabía dónde vivía mi madre. Me preguntó por mi hermano, que estudiaba en Lyon. Me habló de mi coche, de su color. —Se encogió de hombros—. La amenaza era el nivel de detalle.

Julien miró otra hoja. Había un nombre tachado con tinta negra.

—¿Quién es?

Claire se acercó, puso la palma sobre el papel, como protegiéndolo y a la vez conteniéndolo.

—Un intermediario. Un sacerdote que aparecía cerca de una asociación de caridad. Recaudaban fondos para "niños sin recursos". Se movían entre orfanatos, internados, hogares de acogida. Elegían a los invisibles. Los que nadie buscaba con rabia suficiente.

Julien recordó a Sophie Lambert, sus informes, la manera en que hablaba de "niños con pocos anclajes". Sintió una punzada en el pecho: la victimología convertida en profecía.

—¿Por qué me muestra esto ahora? —preguntó—. Si lo enterraron una vez, pueden enterrarlo otra.

Claire lo sostuvo con la mirada. Había en sus ojos algo duro y, debajo, algo que dolía.

—Porque usted no está en el caso —dijo—. Eso lo hace peligroso.

Julien soltó una risa breve, sin humor.

—Estoy solo.

—No. Está libre. Es distinto.

Claire volvió a la mesa y sacó otra carpeta, más delgada. En su interior había una sola hoja con un membrete antiguo, sellos oficiales, y una lista de nombres que no se suponía que estuvieran juntos. Julien reconoció, entre ellos, el de un ministro ya muerto. Un magistrado. Una fundación de beneficencia con sede en Roma.

—¿Roma? —dijo Julien, como si la palabra tuviera peso físico.

Claire asintió lentamente.

—Yo no pude seguir esa pista —admitió—. Me quedé en la puerta. Y la puerta se cerró.

Julien sintió, de pronto, el cansancio acumulado como un abrigo mojado que no podía quitarse. Miró los papeles, los recortes, la obsesión organizada en carpetas. Claire había vivido años con aquello sin permitir que nadie lo llamara por su nombre.

—Necesito algo concreto —dijo—. Un enlace, un lugar, un nombre que pueda tocar.

Claire lo observó durante un largo segundo, calibrándolo. Luego abrió un cajón y sacó un cuaderno pequeño, de tapas negras, con bordes gastados. Lo dejó sobre la mesa, pero no lo soltó de inmediato. Sus dedos permanecieron encima, como si ese objeto pesara más que el papel.

—Esto no es para que juegue a héroe —advirtió—. Es para que entienda que no hay un monstruo aislado. Hay un método. Un circuito. Y, sobre todo, hay protección.

Julien extendió la mano. Claire se la retiró en el último instante.

—Antes, dígame una cosa, Morel —dijo, y su voz se volvió más baja —. ¿Está dispuesto a perder su carrera por esto?

Julien no contestó enseguida. Pensó en su placa, en el despacho, en el orden falso que ofrecía la institución. Pensó también en las mesas de autopsias, en las costillas pequeñas, en la ausencia de gritos. La carrera era un concepto elegante para algo que, en ese momento, le parecía insignificante.

—Ya la perdí —respondió.

Claire dejó el cuaderno. Julien lo abrió. En la primera página había una fecha antigua y dos palabras subrayadas: **"Ligne Blanche"**. Debajo, un listado de números, iniciales, direcciones, y un nombre escrito con la misma tinta cargada que los secretos: **Conti**.

Julien levantó la vista, buscando explicación.

Claire se encendió el cigarrillo con manos firmes, como si el temblor hubiera sido un accidente breve de la memoria.

—Esto ya ocurrió —dijo, y sus ojos se clavaron en él con una claridad casi cruel—. Y lo enterraron.

CAPÍTULO 8

El edificio donde Claire guardaba sus cosas no tenía nada de romántico. Un bloque de oficinas en el distrito quince, pasillos con moqueta gastada y puertas que cerraban sin convicción. A esa hora, París era un animal cansado: el ruido de los coches se deshilachaba en la distancia y la lluvia fina, casi invisible, pegaba el olor a asfalto a los abrigos.

Claire subió por la escalera porque el ascensor solía quedarse detenido entre pisos, como si también él desconfiara de los archivos. Llevaba una linterna pequeña en el bolso, por costumbre más que por necesidad, y un manojo de llaves que no usaba desde hacía años. Había vuelto a esa puerta muchas veces en sueños. En ellos siempre encontraba la cerradura forzada, el polvo removido, la sensación de que alguien había estado ahí antes que ella. Esta vez, la cerradura cedió con un clic seco, casi indignado.

Adentro olía a papel viejo, pegamento y humedad. Una ventana alta daba a un patio interior donde alguien había dejado un colchón apoyado contra la pared. La luz de un farol entraba en diagonal y hacía brillar partículas de polvo como si fueran insectos suspendidos.

Sobre una mesa plegable, Claire extendió una carpeta verde con elástico. Tenía su letra en una esquina: *R. — 1979/80*. Julien, de pie junto a ella, miró la habitación con una inquietud que no era curiosidad; era vigilancia. Su forma de estar era la de alguien que espera un golpe aunque no sepa desde dónde.

—¿Cuánto tiempo hace que no vienes? —preguntó él, bajando la voz.

—El tiempo suficiente como para que esto ya no me pertenezca —respondió Claire, sin mirarlo. Abrió la carpeta y el elástico crujió como un tendón.

Dentro había recortes de prensa, fotocopias de informes, cartas sin firma. Había también un cuaderno de tapas negras, de esos que se compran en cualquier papelería y que pueden contener una vida completa. Claire lo abrió por la mitad; el lomo se resistió, ofendido por el abandono, y luego cedió.

Los titulares hablaban de desapariciones en barrios periféricos. De un niño encontrado en un descampado cerca de Rouen. De otro en un río, a kilómetros, con la cara irreconocible. En la mayoría de los artículos, la misma frase repetida con distintas palabras: *no se descarta un ajuste de cuentas*, *se investiga el entorno familiar*, *posible fuga voluntaria*. El lenguaje de la negación. La manera más eficiente de hacer desaparecer a un desaparecido.

Claire deslizó un dedo sobre una hoja amarillenta.

—Aquí fue donde empezó a torcerse todo —dijo—. No por los crímenes. Por la respuesta.

Julien se inclinó. En la hoja había un sello difuminado de la Prefectura y, debajo, un párrafo subrayado en tinta roja: *"Extracción de tejido compatible con intervención quirúrgica. Se recomienda discreción absoluta."*

—¿Esto lo escribiste tú? —preguntó él, señalando el subrayado.

—No. Yo solo lo guardé. Lo que guardas, te guarda a ti.

Pasaron a otra carpeta. En el borde, un papelito pegado: *"No publicar — llamada del Ministerio"*. Julien apretó la mandíbula al leerlo. Claire reconoció ese gesto; era la rabia contenida que se vuelve disciplina.

—Cuando quise sacar esto, me llamaron. No fue una amenaza directa. Nunca lo son. Te hablan como si te cuidaran. Te dicen

“Claire, piensa en tu carrera”, “Claire, no queremos que te equivoques”, “Claire, te van a usar”. Y al final la frase verdadera: “Claire, hay cosas que no te corresponden”.

Julien la miró por fin.

—¿Quién te llamó?

Claire pasó una hoja sin responder. Había nombres: comisarios, médicos forenses, asistentes sociales. Y luego, al margen, una anotación mínima, como un insecto clavado con alfiler: *“Conti — Roma — canal diplomático.”*

Julien siguió la línea con el dedo.

—¿Conti?

—Monseñor Paolo Conti. En esa época nadie sabía quién era. O fingían no saberlo. —Claire respiró hondo—. Yo lo vi una vez, en una recepción absurda, de esas donde la gente bebe champán para no hablar de lo que importa. Era… correcto. De una corrección casi quirúrgica. Como si toda emoción fuera una mancha.

Julien tomó el cuaderno negro. Las páginas tenían manchas de café, esquinas dobladas, letras apretadas. Se notaba que había sido escrito en movimiento, entre una llamada y otra, entre un taxi y una redacción. Leyó en silencio un fragmento y la piel de su cuello se tensó.

—Aquí dices que un inspector te pidió que entregaras los negativos. Y que luego… desaparecieron.

—No desaparecieron. Los hicieron desaparecer. Hay una diferencia: cuando algo se pierde, puede volver. Cuando alguien lo borra, te quiere sin memoria.

Claire se levantó y fue hasta un archivador metálico, abollado en una esquina. Lo abrió con esfuerzo. Dentro había carpetas colgantes con etiquetas a mano: *“R.”*, *“S.”*, *“Hospitales”*, *“Aduanas”*. La palabra “Aduanas” hizo que Julien levantara la vista, alertado.

—¿Aduanas? —repitió.

—Había rumores de transporte de material médico sin control. Cajas con destino "humanitario". Nadie quería mirar dentro de esas cajas porque tenían sellos que tranquilizan. Cruz roja, fundaciones, nombres que hacen que la gente se sienta buena solo por leerlos.

Sacó una carpeta gruesa. Dentro había copias de albaranes y notas internas. Papeles sin glamour, pero con ese olor a estructura: una red no se construye con cuchillos, se construye con formularios.

Julien tomó una hoja y la acercó a la luz. Un listado de envíos. Fechas. Lugares. En una columna, códigos de identificación.

—Estos códigos… —murmuró—. Se parecen a los de nuestras pruebas recientes.

Claire asintió, como si hubiera estado esperando ese momento desde que abrió la puerta.

—Por eso dije que ya ocurrió. La forma es la misma. Cambian los nombres, cambian las ciudades, pero el mecanismo… —Se interrumpió y se pasó la mano por la frente—. El mecanismo es fiel. Como una liturgia.

El teléfono de Julien vibró en el bolsillo. Lo sacó, miró la pantalla y lo guardó sin contestar. Claire lo vio, pero no preguntó. Había aprendido que las llamadas no siempre traen ayuda; a veces solo traen vigilancia.

Se sentaron otra vez. Claire abrió una carpeta más delgada, casi discreta. Dentro había fotocopias de un informe judicial con páginas faltantes. Algunas estaban arrancadas de manera limpia, como si alguien hubiera querido que el daño pareciera accidental. En la última hoja, una firma ilegible y un nombre mecanografiado: *Lucien Béraud, Juge d'instruction*. Junto al nombre, una nota a lápiz: *"Murió en 81. ¿Suicidio?"*

Julien levantó la cabeza.

—¿El juez murió?

—Se cayó por una ventana. En su apartamento. Oficialmente estaba deprimido. —Claire cerró los ojos un instante—. Lo conocí. Estaba cansado, sí. Pero tenía la clase de cansancio que viene de estar despierto, no de querer dormir para siempre.

El aire pareció densificarse. Afuera, una puerta golpeó en algún piso inferior. Julien se levantó de inmediato, instintivo. Claire no se movió, pero su cuerpo se tensó como un alambre.

—¿Oíste eso? —preguntó Julien.

—Es un edificio. Siempre suena algo. —Claire lo dijo, pero no sonó convencida.

Julien fue hasta la puerta y apoyó la oreja. Nada. Solo el zumbido tenue de una lámpara fluorescente vieja y, muy lejos, una televisión encendida en algún apartamento.

Volvió a la mesa. Sus ojos tenían una lucidez dura.

—¿Por qué guardaste todo esto? —preguntó.

Claire bajó la mirada al cuaderno, a su letra más joven.

—Porque un día me di cuenta de que me estaban ofreciendo un pacto. No me lo dijeron así, claro. Pero era eso: olvida y te dejamos en paz. Recuerda y te convertimos en un problema. Guardar fue lo único que pude hacer para no aceptar del todo.

Julien acarició con el pulgar el borde de un documento.

—¿Y te dejó en paz?

Claire soltó una risa breve, sin humor.

—Me dejó sobrevivir. No es lo mismo.

Encontró una hoja suelta entre dos recortes. Era una lista de nombres escrita en máquina, sin membrete. En el margen, alguien había añadido a mano una fecha y un lugar: *"Roma, 12/03/80."* Los

nombres estaban ordenados como si fueran invitados a una cena. Algunos tenían al lado iniciales: *M.*, *C.*, *P.*. En la parte inferior, un nombre estaba subrayado dos veces, con una presión que había marcado el papel: **RINALDI, A.**

Julien frunció el ceño.

—¿Quién es Rinaldi?

Claire se quedó inmóvil. Sintió la misma punzada que años antes, cuando oyó ese apellido por primera vez pronunciado con la naturalidad con que se menciona el clima. No era un nombre en una lista: era una bisagra.

—Alessandro Rinaldi —dijo despacio, como si el sonido tuviera consecuencias físicas—. En aquel entonces era un hombre en ascenso. Nadie lo llamaba camarlengo. Aún.

Julien se inclinó, atrapado por el subrayado.

—¿Aparece en más sitios?

Claire buscó con dedos rápidos, pasando páginas, recortes, notas. Encontró otro informe: reunión en una nunciatura, presencia de "A. Rinaldi" como enlace. En un albarán: firma abreviada "A.R." autorizando un envío. En una carta sin destinatario, una frase en italiano: *"la discrezione è carità"*. La discreción es caridad.

—Está por todas partes —murmuró Julien, y su voz sonó más joven, más cruda—. Como si…

—Como si fuera el pegamento —terminó Claire—. O el sello.

Se miraron. En ese silencio breve cabía algo peor que el miedo: la idea de que el monstruo no tenía sótano, sino oficinas. Que no se escondía en bosques ni en callejones, sino detrás de puertas pulidas y palabras suaves.

Julien tomó aire.

—Tengo que llevar esto a Luc.

—Y a Interpol, si quieres que alguien lo toque sin quemarse —añadió Claire—. Pero antes… —Se inclinó y guardó el papel de la lista en una funda plástica—. Antes hay que asumir una cosa: si ese nombre es real, ya no estamos investigando un crimen. Estamos rozando un Estado.

Julien miró alrededor, como si el cuarto pudiera escuchar.

—¿Crees que saben que volviste?

Claire no respondió de inmediato. Fue hasta la ventana y apartó un poco la cortina. El patio interior era una boca oscura. El colchón seguía ahí, inmóvil. Abajo, una sombra cruzó de manera demasiado rápida para ser casual, demasiado tranquila para ser un ladrón.

Claire bajó la cortina con delicadeza.

—No lo sé —dijo, y por primera vez su voz perdió firmeza—. Pero hay nombres que despiertan teléfonos. Y puertas.

Julien recogió las carpetas con cuidado, como si fueran pruebas y, al mismo tiempo, algo frágil. Claire apagó la lámpara y el cuarto quedó a medias en la penumbra. Al cerrar el archivador, el metal sonó como un golpe contenido.

Bajaron las escaleras sin hablar. Cada peldaño parecía una decisión.

En la calle, la lluvia había dejado de caer, pero el aire estaba mojado. Julien miró hacia ambos lados antes de caminar. Claire, a su lado, sintió de nuevo esa vieja sensación: no la de ser seguida, sino la de haber sido marcada.

A mitad de la cuadra, Julien se detuvo.

—Rinaldi —repitió, como si necesitara comprobar que el mundo no se había roto al decirlo—. ¿Estás segura?

Claire sostuvo la mirada.

—Nunca estuve tan segura de nada —dijo.

Y entonces, detrás de ellos, un motor arrancó sin prisa. Un coche oscuro se incorporó a la calle con una suavidad casi elegante, como si no tuviera urgencia porque el tiempo, para algunos, siempre trabaja a favor.

Julien apretó las carpetas contra el pecho. Claire sintió que el pasado, al fin, había dejado de ser un archivo.

Y el nombre subrayado ardió en su cabeza como una señal que no se puede apagar.

CAPÍTULO 9

El cuerpo apareció donde el continente se deshilacha y vuelve a coserse con hierro: cerca de la frontera, en una franja de bosque húmedo que olía a musgo viejo y gasolina. No era Francia. Ni Bélgica, según los primeros informes nerviosos que circulaban por fax entre oficinas con lámparas amarillas. Era Luxemburgo, un nombre pequeño para una escena demasiado grande.

El niño —varón, entre nueve y once, dijo el médico local antes de tragarse la saliva— estaba colocado con una corrección casi litúrgica sobre la tierra oscura. Las manos a los costados, la barbilla ligeramente elevada, como si alguien hubiera querido concederle dignidad después de arrebatársela. Tenía la ropa limpia. El barro no lo tocaba. La sangre tampoco. Lo demás… lo demás se intuía en la tensión de los rostros alrededor.

Julien Morel llegó con la camisa pegada a la espalda y el abrigo en la mano, aunque el aire cortaba. Había conducido desde Metz con un permiso ambiguo, una "cooperación técnica" que en el fondo era una cuerda: lo dejaban acercarse, pero no tocar. El destino del caso ya no estaba en manos francesas, y eso se notaba en las miradas, en el tono de los saludos, en el modo en que la cinta policial parecía más una frontera que una medida de seguridad.

Un agente luxemburgués le señaló el claro con un gesto corto.

—No hay huellas de arrastre —dijo en francés correcto—. Llegó aquí ya… así.

Julien no preguntó quién lo había encontrado. En estos casos siempre era alguien que no debía mirar: un cazador temprano, un

hombre con perro, un padre que buscaba setas. La tragedia se elegía testigos inocentes para multiplicarse.

Se agachó sin cruzar la línea, como si obedeciera una orden no escrita. La piel del niño tenía un tono extraño bajo la luz pálida, demasiado mate. En el cuello, una marca fina, casi elegante, como de una cuerda suave. En el abdomen, el bulto bajo la camiseta no era bulto: era ausencia. Julien sintió la vieja punzada del estómago, esa mezcla de rabia y vacío que no se alivia con café ni con cigarrillos.

Luc Bernard llegó detrás, silencioso como un hombre que mide el mundo en patrones. A su lado, Sophie Lambert se detuvo un segundo antes de mirar; respiró hondo, como si el aire tuviera espinas.

—El mismo ritual —murmuró Luc—. La misma limpieza.

Sophie no respondió. Sus ojos se clavaron en los calcetines del niño, perfectamente subidos, y ese detalle doméstico le hizo apretar los labios.

—¿Dónde está el forense? —preguntó Julien, sin despegar la vista del claro.

—En camino. Pero aquí mandan ellos —dijo Luc, y la frase no era una queja: era un diagnóstico.

El pequeño grupo francés parecía fuera de lugar, como intrusos en un crimen que ya conocían demasiado bien. Los luxemburgueses hablaban en voz baja entre sí; alguien fumaba sin permiso, con la colilla temblando. Un fotógrafo se movía alrededor del cuerpo con una eficacia desprovista de emoción. Julien pensó en los primeros días del caso, en las puertas que aún se abrían. Pensó en la orden de apartarlo. Nada de eso importaba ahora: el crimen había cambiado de jurisdicción, como si la red hubiese decidido demostrarlo.

A unos metros, un coche oscuro sin distintivos detuvo el motor y, por un instante, el silencio se volvió espeso. Bajó un hombre con abrigo largo y maletín, el pelo negro peinado hacia atrás, la cara de alguien que sonreía solo cuando era necesario. Traía el cansancio impecable de los aeropuertos.

—Marco Vitale —se presentó, mostrando una credencial con un movimiento rápido—. Interpol.

Julien notó un reflejo de irritación que se le subía a la garganta. No era personal. Era el hecho, simple y devastador, de que un nuevo actor entraba al escenario para redibujar las reglas.

Vitale estrechó manos, hizo preguntas mínimas, miró el cuerpo solo lo suficiente. Sus ojos se quedaron un segundo en el abdomen.

—¿Han confirmado extracción? —dijo.

Luc asintió.

—A falta de autopsia formal, sí. La incisión parece profesional. Y—.

—Y el resto —completó Vitale, sin necesidad de escuchar.

El aire olía a tierra mojada. El cielo, plomizo, parecía aplastar los árboles. Julien se preguntó cuántos kilómetros había viajado ese niño para terminar allí. Cuántas puertas, cuántos pasillos, cuántos hombres con manos limpias lo habían tocado. No era un pensamiento abstracto: era un mapa invisible de complicidades.

Vitale se apartó con Luc y un oficial luxemburgués. Hablaron en un triángulo cerrado, con la cabeza inclinada, como sacerdotes ante un altar. Julien alcanzó a oír palabras sueltas: “coordinación”, “enlaces”, “archivos compartidos”. Sophie se acercó a él, sin apartar la vista del claro.

—Lo han movido —dijo ella al fin—. Antes dejaban los cuerpos donde operaban. Ahora los depositan como mensajes.

Julien tragó saliva.

—¿Un mensaje para quién?

Sophie lo miró con una tristeza que parecía vieja.

—Para nosotros. Para que entendamos que no hay paredes. Que todo esto… es más grande.

Un coche más pequeño se detuvo cerca del camino. Claire Duval bajó con un pañuelo oscuro al cuello y una libreta bajo el brazo, como si el tiempo no hubiera pasado desde que se ganaba la vida persiguiendo cadáveres. Su presencia era una afrenta silenciosa a los protocolos: periodista retirada, sí, pero en realidad era otra cosa. Un ojo que no se cerraba.

—No deberías estar aquí —le dijo Julien, sin fuerza real.

—Y tú no deberías seguir en el caso —respondió Claire, con una media sonrisa que no alcanzaba a ser ironía—. Pero aquí estamos.

Se acercó un poco, lo justo para ver. No pidió permiso. No se disculpó. Julien vio cómo se le endurecía la mandíbula, ese gesto de quien ha leído demasiadas veces el mismo párrafo.

—No es un asesino —susurró—. Nunca lo fue. Esto es logística.

La palabra cayó como una piedra: logística. Alguien que planifica rutas, horarios, embalajes, traslados. Alguien que convierte carne en mercancía sin mancharse los dedos.

Julien se volvió hacia Vitale, que regresaba con una carpeta delgada y un teléfono en la mano. El italiano miró a Claire con una fracción de sorpresa, pero no preguntó quién era. En los casos grandes, nadie tiene tiempo de indignarse.

—Necesito hablar con ustedes —dijo Vitale—. Ahora.

Los condujo hasta una furgoneta gris donde el aire olía a papel húmedo y café recalentado. Sobre una tabla improvisada desplegó fotografías: ampliaciones de incisiones, de la marca del cuello, de una pulsera infantil arrancada y encontrada a cincuenta metros.

También había copias de los informes franceses, subrayados con tinta roja.

—El patrón coincide —dijo Vitale—. Y por eso… a partir de este momento, Interpol centraliza.

Julien sintió que la palabra "centraliza" le raspaba por dentro. Era una forma elegante de decir: "Ya no mandas aquí".

—¿Con qué autoridad? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

Vitale lo miró sin hostilidad, como quien contempla un muro inevitable.

—Con la que nos dan los Estados cuando entienden que solos no pueden. Hay un muerto fuera de su territorio, Morel. Si aparece otro en Alemania, en Italia, en España… cada país investigará su fragmento y ellos seguirán operando entre los huecos.

Luc apoyó los dedos en una fotografía, justo en el borde de la incisión.

—¿Tienen casos similares? —preguntó.

Vitale dudó un instante. Esa vacilación valía más que una confesión.

—Tenemos sospechas antiguas. Informes dispersos. Denuncias que se apagan. Niños migrantes, huérfanos, chicos en tránsito. Lo que ustedes han encontrado en Francia… lo estamos viendo en otros sitios, pero con menos claridad. Ustedes han encajado piezas que otros ni siquiera sabían que existían.

Claire tomó la carpeta sin pedirla y revisó las hojas con rapidez. Sus dedos no temblaban, pero su respiración sí.

—Si centralizan, también pueden enterrar —dijo, baja, para que solo lo oyeran ellos.

Vitale no se ofendió. Sus ojos se endurecieron apenas.

—Lo sé. Pero también es la única forma de llegar a quienes están arriba. Ustedes han golpeado un nivel. Yo necesito el siguiente.

Julien pensó en sus superiores, en las llamadas cortadas, en los expedientes que desaparecían como si el papel se evaporara. El siguiente nivel no era una metáfora: era una escalera de mármol con puertas acolchadas.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Luc.

—Todo —dijo Vitale—. Notas, contactos, nombres. Y discreción. No por prudencia institucional. Por supervivencia.

Sophie apartó la mirada. Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba. Se aferraba a la dignidad como a un salvavidas.

—¿Y el niño? —preguntó ella—. ¿Al menos él tendrá justicia?

Vitale tardó en responder. Afuera, un pájaro lanzó un grito y se calló de golpe, como si alguien lo hubiera silenciado.

—Tendrá un informe —dijo al fin—. Un número de caso. Una foto en una carpeta. Y si somos rápidos… quizá su muerte sirva para detener a quienes mataron a los otros.

La respuesta era correcta y a la vez intolerable. Julien sintió ganas de golpear la mesa, de romper algo, de gritar hasta quedarse sin voz. En cambio, solo apretó la mandíbula y miró a Claire. Ella sostenía una hoja con un nombre impreso, quizá un enlace bancario, quizá un alias. No se lo mostró. Pero sus ojos decían que había visto algo que no quería compartir todavía.

—No confíes en los trajes —le susurró Claire a Julien cuando Vitale salió para atender una llamada—. Ni en los uniformes. Aquí todos tienen razones.

Julien se quedó mirando el borde de la carpeta. El sonido del fax en alguna oficina lejana le pareció, por un momento, el de una máquina que tritura.

Volvieron al claro cuando ya levantaban el cuerpo. Lo metieron en una bolsa negra con cuidado, como si la delicadeza pudiera reparar algo. Un sacerdote local se acercó, murmuró una oración breve, y se retiró sin mirar demasiado. La fe también tenía sus protocolos.

Vitale habló con los luxemburgueses, firmó papeles, dio órdenes. Su figura se recortaba contra los árboles como un sello: la investigación cambiaba de manos en tiempo real, delante de ellos. Julien se sintió expulsado y, al mismo tiempo, atrapado. Había perseguido a una red y ahora la red lo arrastraba a su territorio.

Luc se acercó.

—Esto nos lleva a otra liga —dijo, sin dramatismo—. Diplomacia. Embajadas. Silencios pactados.

Julien miró el camino por donde se había ido la ambulancia. Las hojas mojadas brillaban como vidrio roto.

—Que tomen el control —dijo—. Pero que no nos cierren la puerta.

Sophie lo observó un instante, como si quisiera grabarse su cara.

—No van a cerrarla —dijo ella—. Van a hacerla invisible.

Claire encendió un cigarrillo pese al frío, con una calma que era casi una provocación. Exhaló despacio, y el humo se mezcló con la niebla.

Vitale volvió hacia ellos, guardando el teléfono.

—A partir de hoy —anunció—, cualquier comunicación pasa por mí. Interpol asume la coordinación total. Su unidad queda como apoyo. Y Morel…

Julien alzó la vista.

—Usted viene conmigo a Roma cuando yo se lo diga.

La palabra "Roma" no debería haber sonado como una amenaza, pero lo hizo. Entre los árboles, el claro parecía más oscuro. Julien

sintió que el caso, por fin, había cruzado la última línea. Ya no se trataba de encontrar a un hombre. Se trataba de pelear contra un edificio.

Y los edificios no sangran.

CAPÍTULO 10

La sala de reuniones de Interpol en Lyon olía a café recalentado y a papel húmedo. Afuera, una lluvia fina barnizaba los ventanales con una pátina gris que hacía que el mundo pareciera un negativo mal revelado. Julien Morel se mantuvo de pie junto a la pared, como si sentarse fuera aceptar un orden ajeno. Tenía la chaqueta aún puesta y la mirada fija en el mapa desplegado sobre la mesa: hilos rojos, alfileres, ciudades marcadas con una precisión demasiado limpia para tanto barro.

Marco Vitale llegó sin anunciarse. No era alto, ni especialmente robusto, pero tenía esa manera de ocupar espacio que solo dan los pasillos del poder. Dejó un portafolios de cuero, gastado en las esquinas, y saludó a todos con un gesto mínimo, profesional, sin desperdiciar calor humano.

—Morel —dijo, pronunciando el apellido como si fuera un expediente —. Duval.

Claire estaba sentada, cruzada de piernas, con un cigarrillo apagado entre los dedos. No fumaba dentro, pero lo sostenía igual; era una vieja costumbre para no temblar. Le devolvió el saludo con una inclinación casi irónica.

Luc Bernard y Sophie Lambert estaban ya allí, frente a una carpeta con fotografías. Sophie evitaba mirar demasiado tiempo una de ellas. Julien sabía cuál era sin verla: el niño encontrado fuera de Francia, con el mismo corte, la misma ausencia.

Vitale abrió el portafolios y sacó un dossier delgado, más delgado de lo que justificaba semanas de trabajo. Lo dejó en el centro, como quien deposita una hostia sobre un altar.

—Antes de que alguien se entusiasme —empezó—, vamos a dejar una cosa clara. Interpol no es una policía mundial. No tenemos cárceles. No tenemos jueces. Tenemos teléfonos, acuerdos y paciencia. Y la paciencia depende de la política.

Julien sintió que algo dentro de él se tensaba con un sonido invisible. Había esperado obstáculos, pero no aquella voz calmada que los convertía en norma.

—Hay niños muertos —dijo, sin levantar la voz—. No es política.

Vitale lo miró un instante, sin desprecio, casi con lástima.

—Precisamente porque hay niños muertos, esto es política. Los muertos son el combustible más útil para ciertos motores. Y los vivos… —hizo una pausa, como si midiera el peso de cada palabra— …los vivos son negociables.

Sophie apretó la mandíbula. Luc no se movió. Claire sostuvo el cigarrillo apagado con firmeza, como si fuera un ancla.

Vitale abrió el dossier y deslizó unas hojas hacia cada uno. Eran resúmenes: fechas, lugares, coincidencias, nombres de empresas pantalla, rutas de transporte. Todo escrito con un tono neutro que hacía más obsceno el contenido.

—Lo que tenemos —continuó— es una red que opera en varios países. Hay indicios de clínicas privadas, de intermediarios y de financiación que cruza fronteras usando fundaciones "caritativas". Eso ya lo sospechaban ustedes, por lo que he leído. Lo que quizá no han interiorizado es esto: si tocamos un punto equivocado, perdemos la cooperación de al menos dos servicios de inteligencia. Y sin cooperación, se acabó. Volvemos a los mapas con alfileres, pero sin manos.

Julien hojeó una página y reconoció el patrón de siempre: dinero que desaparecía en cuentas limpias, donaciones que se convertían en silencios. El lenguaje burocrático era una manta para cubrir el cadáver.

—¿Y cuál es el punto equivocado? —preguntó Luc, al fin.

Vitale se apoyó en el respaldo de una silla y dejó que el silencio hiciera el trabajo sucio antes de hablar.

—Ciertos ámbitos no se investigan igual que una banda de narcotraficantes. Ustedes vienen de una policía nacional; están acostumbrados a pedir órdenes, a forzar puertas. Aquí no hay puertas. Hay cortinas. Y detrás de algunas cortinas no conviene mirar sin permiso.

Claire soltó una risa breve, seca.

—¿Permiso de quién?

Vitale la observó, como si evaluara cuánto sabía ya.

—De gente que no firma en papel membretado. —Luego, más directo—: De instituciones con inmunidad práctica. No legal, pero real.

Julien levantó la vista del dossier.

—Si tenemos pruebas…

—Si tienen pruebas, primero hay que conseguir que un fiscal quiera verlas. Después, que un juez quiera tocarlas. Luego, que un gobierno quiera sostener el golpe. Y si en medio hay diplomacia, tratados, concordatos, "sensibilidades"… —Vitale encogió los hombros—. Las pruebas no son una bala; son una moneda. Sirven si alguien está dispuesto a gastarlas.

Sophie empujó hacia adelante una fotografía con la punta de los dedos. Era una bolsa mortuoria, el cierre metálico brillando bajo la luz.

—¿Y qué propone? —preguntó, con una calma que no le pertenecía —. ¿Esperar?

Vitale negó.

—No. Propongo entender dónde estamos parados. Ustedes creen que persiguen un crimen. Están persiguiendo un equilibrio.

Julien sintió una náusea lenta, como la resaca de una verdad que aún no había bebido del todo. Miró a Claire; ella no lo miró a él, miraba el dossier con los ojos de quien relee una noticia antigua y descubre, tarde, las palabras omitidas.

—Hay algo más —dijo Vitale, y su tono cambió apenas, lo suficiente para anunciar peligro—. En el caso del niño hallado en Bélgica, el traslado se hizo con documentación que no debería existir en manos civiles. Identidades de cobertura, sellos consulares, permisos sanitarios emitidos con una rapidez… inusual.

Luc levantó una ceja.

—¿Quién puede facilitar eso?

Vitale abrió otra carpeta. No había nombres completos; solo iniciales, referencias a oficinas, códigos de país. En el margen, un término aparecía dos veces, subrayado con lápiz: *Nunciatura*.

Julien lo leyó y sintió un frío puntual en la nuca. Conocía la palabra como cualquiera en Europa, pero hasta entonces pertenecía al terreno de las formalidades, de los edificios solemnes y las recepciones donde nadie sudaba.

—No está diciendo… —empezó.

—No estoy diciendo nada —lo cortó Vitale, rápido—. Estoy mostrando coincidencias. Ustedes sacan conclusiones si quieren, pero en voz baja.

Claire dejó el cigarrillo sobre el borde de la mesa, sin encenderlo.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. Si esto es tan delicado, ¿por qué nos lo cuenta?

Vitale sostuvo su mirada.

—Porque ya cruzaron la frontera. Apareció un niño fuera de Francia y los medios olieron sangre. Cuando la prensa huele sangre, los gobiernos sienten miedo. Y cuando sienten miedo, llaman a Interpol para que lo convierta en procedimiento. —Hizo una pausa—. Y porque hay alguien arriba que quiere que ustedes avancen… hasta cierto punto.

Julien notó cómo la frase se le quedaba pegada en la garganta. Avanzar hasta cierto punto: como un perro al que le alargan la correa solo para recordar después quién sostiene el extremo.

Luc habló con la misma voz con la que describía a un depredador.

—¿Un señuelo? ¿Un sacrificio?

Vitale no respondió de inmediato. Se acercó al mapa y tocó con el dedo un punto en Italia, no Roma, un lugar menos obvio. Luego otro en Suiza. Después volvió a Francia. Trazó una ruta invisible en el aire.

—Pueden llamarlo como quieran. Yo lo llamo margen de maniobra. Les van a dejar perseguir intermediarios, transportistas, médicos corruptos. Peces. Incluso peces grandes. Pero si el hilo sube hacia arriba… si toca algo que parezca sagrado… —retiró la mano— se rompe.

Sophie tragó saliva.

—Sagrado —repitió, casi sin voz.

Claire se inclinó hacia delante, el cabello cayéndole sobre un ojo. Tenía ese gesto de reportera que no pide permiso, que arranca la frase antes de que el otro la esconda.

—Marco —dijo, y por primera vez lo llamó por su nombre—, ¿es una advertencia o una confesión?

Vitale sostuvo el silencio unos segundos. Afuera, la lluvia golpeó el vidrio con una insistencia de dedos nerviosos.

—Es un favor —dijo al fin—. No quiero tener que recogerlos del suelo cuando alguien decida que se volvieron incómodos.

Julien apretó las hojas hasta arrugarlas. Vio fugazmente el rostro de un niño que no conocía, pero que podía haber sido cualquiera: un hijo, un sobrino, un alumno de la escuela que había cruzado la calle confiando en la rutina. Se preguntó en qué momento el mundo se había convertido en un lugar donde el mal tenía protocolo.

—Yo no sé trabajar con límites así —dijo, áspero.

Vitale lo miró con algo parecido al respeto.

—Entonces va a aprender a trabajar contra ellos. —Señaló el dossier —. Lo primero es blindar lo que tienen. Copias. Rutas de entrega. Nombres en clave. Nada de llevar información sensible en el bolsillo. Nada de confiar en canales oficiales cuando el canal es parte del problema.

Luc intervino, frío.

—¿Y usted? ¿De qué lado está, Vitale?

La pregunta quedó suspendida como una cuerda tensa. Vitale no se ofendió.

—Estoy del lado de lo posible —respondió—. Eso no siempre coincide con lo justo.

Claire dejó escapar un suspiro breve, como si hubiera esperado esa frase desde hacía años.

—Lo posible mata igual —murmuró.

Vitale recogió una hoja y la giró hacia ellos. Era un listado de contactos, sin direcciones completas, con notas al margen: "evitar", "confiable", "neutral". En la parte inferior, una anotación manuscrita destacaba por su crudeza: *No mencionar Vaticano por teléfono.*

Julien sintió un impulso de reír, pero no le salió. En su cabeza, la palabra *Vaticano* se desplegó con todo su peso de mármol, oro y

secreto. Pensó en Roma sin haberla pisado: cúpulas como ojos cerrados, plazas donde el eco parecía rezar incluso cuando nadie hablaba.

—No tenemos aún un nombre —dijo Sophie, volviendo a lo concreto como quien vuelve a respirar.

Vitale cerró el dossier, como si no quisiera que la luz lo contaminara.

—A veces los nombres son el último lujo —contestó—. Y a veces son una trampa. Si lo pronuncian demasiado pronto, el sistema lo absorbe, lo discute, lo archiva, lo bendice o lo condena según convenga. —Se encogió de hombros—. Ustedes sigan el dinero. Sigan los traslados. Sigan la logística. Ahí el mal siempre se delata; necesita camiones, llaves, manos.

Julien se inclinó sobre el mapa. Los hilos rojos parecían venas sobre una piel enferma. En algún punto, todas las rutas insinuaban una dirección que nadie se atrevía a marcar con alfiler. Lo sintió como una sombra en el borde de la mirada.

Claire guardó su copia del resumen en el bolso con un cuidado casi ceremonial.

—Díganos lo que no está escrito —pidió.

Vitale se quedó quieto. Luego habló con una voz más baja, sin teatralidad.

—En ciertos círculos, cuando se menciona este tipo de tráfico, siempre aparece el mismo rumor: casas de acogida, internados, instituciones donde los niños son invisibles por definición. Y cuando alguien intenta mirar detrás, se topa con sotanas, con sellos, con puertas que se abren hacia adentro y se cierran hacia afuera.

Sophie cerró los ojos un segundo, como si el aire se hubiera vuelto demasiado denso.

Julien sintió una certeza amarga asentarse sin necesidad de pruebas: no estaban persiguiendo solo a hombres. Estaban

persiguiendo un símbolo que se defendía con leyes, con diplomacia y con fe ajena.

Vitale tomó el portafolios y se lo colgó del brazo.

—No tengo más que darles hoy —dijo—. Solo esto: si en algún momento creen que el enemigo es un individuo, están a salvo. Cuando entiendan que el enemigo es una institución, empiecen a mirar por encima del hombro.

Se dirigió a la puerta, pero antes de salir se volvió. Sus ojos recorrieron a Julien, a Claire, a Luc, a Sophie, como si los contara.

—Y si escuchan la palabra *camarlengo* en boca de alguien que no debería conocerla —añadió—, no pregunten por qué. Pregunten quién se la enseñó.

La puerta se cerró. El clic del pestillo sonó definitivo, como el final de una oración.

Durante un largo momento, nadie habló. Afuera seguía lloviendo, paciente, lavando una ciudad que no podía limpiarse de lo que sabía.

Julien miró a Claire. Ella ya estaba de pie, con el rostro serio, y en sus ojos había una vieja familiaridad con el abismo.

—¿Un origen religioso? —susurró él, repitiendo la insinuación como si al decirla se volviera real.

Claire no respondió con palabras. Solo apretó el bolso contra su costado y, por primera vez desde que reapareció, pareció cansada. No del trabajo, sino de la historia.

Luc cerró la carpeta de fotografías con un golpe seco.

—Entonces no perseguimos un asesino —dijo—. Perseguimos un santuario.

Sophie miró el mapa una última vez.

—Y los santuarios —añadió— siempre tienen guardianes.

Julien sintió la cuenta atrás sin ver ningún reloj. Una urgencia que no venía del tiempo, sino del poder. Había una dirección al final de los hilos rojos, una ciudad que aún no habían pronunciado en voz alta, como si el sonido pudiera invocarla.

Roma.

La palabra se quedó en el aire, invisible, pero presente, esperando el siguiente movimiento.

CAPÍTULO 11

La pantalla del ordenador vomitaba cifras con una paciencia insultante. Columnas, fechas, cuentas que se abrían y se cerraban como párpados cansados. En la sala prestada de Interpol, el aire olía a café recalentado y a papel húmedo. Afuera, París seguía con su invierno gris, como si la ciudad hubiera decidido no mirar.

Marco Vitale había hecho traer a un analista financiero de Lyon, un hombre estrecho de hombros y ancho de ojeras, que hablaba poco y señalaba mucho con un bolígrafo rojo. Luc Bernard, de pie, observaba el tablero de corcho donde Julien había clavado mapas y fotografías, como si la lógica pudiera encontrarse en la geometría.

—No busquen "compras" —dijo el analista, por fin—. Busquen "donaciones".

Julien se inclinó sobre la mesa. En las hojas impresas, los nombres de fundaciones se repetían con variaciones mínimas: *Fondation Saint-Lazare*, *Œuvre de Charité Sainte-Madeleine*, *Institut pour l'Enfance*. Títulos de misericordia. Lenguaje para misas y placas en las paredes. Debajo, sin embargo, las transferencias eran precisas, frías, con destinos que cambiaban de país sin cambiar de ritmo.

Sophie Lambert apretó los labios. Había pasado la noche revisando fichas de víctimas, y su rostro tenía esa palidez de quien ha dormido con los ojos abiertos.

—¿Qué relación hay entre esto y los niños? —preguntó, más para obligarse a decirlo en voz alta que por ignorancia.

Vitale giró una carpeta hacia ellos. Dentro había copias de documentos bancarios, cartas de recomendación, sellos notariales.

Unos estaban en francés, otros en italiano. Algunos llevaban encabezados con cruces estilizadas.

—La relación es esta —dijo Vitale—: cada vez que desaparece un niño, hay un flujo. Pequeño, oculto. No el pago directo. El pago nunca se ve. Pero sí el "agradecimiento": un donativo, una cuota, un gasto de representación.

Julien sintió una punzada en la sien. Era como leer la contabilidad de un crimen que se había vestido de beneficencia. En los informes antiguos que Claire le había ayudado a recuperar, ya había rastros: instituciones que ofrecían "acogida", "educación", "tratamiento". Palabras que sonaban limpias, incluso necesarias. Lo que faltaba siempre era el último tramo del camino.

Luc extendió una mano y señaló un nombre subrayado.

—Esta fundación aparece en tres países —dijo—. Francia, Bélgica, Italia. Y los administradores cambian, pero el apoderado no. Aquí.

El apoderado era un notario romano, un tal *G. Balestri*, con firma idéntica en cada documento, como si la tinta fuese la misma.

Sophie se acercó, olfateando sin querer el papel, buscando en el olor una pista que no existía. Julien pensó en los cuerpos. En el silencio quirúrgico de los cortes. En cómo la violencia podía ser tan metódica que hasta la sangre parecía obedecer.

—¿Y quién audita esto? —preguntó Julien.

El analista soltó una risa breve, seca.

—Nadie. Son fundaciones "religiosas". Tienen estatus especial, exenciones, intermediarios. Y cuando alguien pregunta demasiado, se pierde el rastro en cuentas puente. Mire: Luxemburgo. Luego Suiza. Luego… Roma.

Roma. La palabra cayó en la sala como una moneda en un pozo. Vitale no se movió, pero sus ojos se endurecieron.

—Eso es lo que les dije —murmuró—. Esto no se resuelve solo con esposas.

Julien sintió la necesidad de levantarse, de caminar. Dio dos pasos hacia el tablero. Fotografías de niños. Un recorte de periódico con una madre gritando frente a un portal. El mapa de Francia atravesado por líneas rojas. Y, ahora, un mapa de Europa donde París ya no era el centro: era una estación intermedia.

Claire Duval no estaba allí, pero su voz lo acompañaba desde el capítulo anterior de su propia vida, esa que había intentado cerrar: "Lo enterraron". El entierro no era solo de información; era de procedimientos, de conciencia.

Luc, sin apartar la vista de los papeles, dijo:

—La red se sostiene en un principio básico: legitimidad prestada. Si una institución es intocable, todo lo que cuelga de ella hereda esa impunidad.

Julien tragó saliva. El expediente había cambiado de naturaleza sin que nadie lo anunciara oficialmente. Al principio eran dos cadáveres y un forense que no entendía lo que veía. Luego, una serie. Después, una organización. Ahora era algo peor: un sistema con altar, con protocolos, con gente acostumbrada a no responder.

Vitale hizo sonar los nudillos sobre la mesa.

—Tenemos que ser cuidadosos —advirtió—. Si pronuncian ciertas palabras, el teléfono deja de funcionar. Si piden ciertas órdenes, se pierden en un despacho durante meses.

—¿Cuidadosos? —Sophie lo miró con un cansancio feroz—. Los niños no tuvieron ese lujo.

El silencio que siguió no fue incómodo; fue denso, como una tela empapada. Julien vio el gesto mínimo de Vitale, una sombra de culpa o de realismo, no supo distinguir. Quizá eran lo mismo.

El analista pasó otra hoja. Había un listado de "benefactores" con iniciales, no nombres. Siglas que parecían diseñadas para no pertenecer a nadie. Pero en una esquina, en tinta azul, alguien había escrito a mano: *Conti*.

Julien sintió un golpe en el estómago. Monseñor Paolo Conti. El nombre había aparecido como un murmullo en entrevistas, en llamadas cortadas, en un informe sin firma. Una figura secundaria, decían. Alguien que abría puertas sin aparecer en las fotos.

—¿De dónde salió esa anotación? —preguntó.

Vitale miró la hoja como si no quisiera tocarla.

—De un registro interno. Lo conseguimos por un favor. No lo voy a poner en un informe oficial. Si lo hago, el favor se convierte en suicidio.

Luc levantó la mirada.

—Entonces hay alguien dentro —concluyó—. No solo cómplices. Operadores.

Sophie tomó aire, y por un segundo Julien creyó que iba a llorar. No lo hizo. En lugar de eso, dijo:

—Están lavando dinero con caridad. Y están comprando silencio con fe.

Julien se acercó al ventanal. La luz de París era opaca, sin brillo. La ciudad parecía una fotografía vieja. Pensó en su padre, en los sermones de honestidad que le había dado cuando era niño. "La ley no es perfecta, pero es lo que tenemos." ¿Qué se hacía cuando la ley se quedaba pequeña? ¿Cuando la ley era un paraguas demasiado estrecho en una tormenta que venía de palacios?

—Necesito hablar con Claire —dijo al fin.

Vitale negó con la cabeza.

—Su nombre ya circula. Si se expone, la hunden. Y si la hunden, la arrastran con ustedes.

Julien se volvió.

—Ya estamos dentro, Marco.

Vitale lo sostuvo la mirada. Había algo en su expresión que no era amenaza ni permiso; era un cálculo que incluía daños colaterales.

—Roma no es como París —dijo—. Allí el laberinto no se construyó para perderse. Se construyó para que nadie encuentre la salida.

Luc cerró la carpeta con suavidad, como quien clausura una tumba.

—No necesitamos entrar con uniforme —dijo—. Necesitamos un punto de apoyo.

El analista carraspeó, incómodo, como si hubiera dicho demasiado sin querer. En ese gesto, Julien vio el miedo simple: el miedo de un hombre normal ante una maquinaria sin rostro.

—Hay algo más —añadió el analista—. Una de las cuentas puente recibe transferencias de un hospital privado en Marsella. Y ese hospital tiene convenio con… —buscó la palabra exacta— con una orden religiosa.

Sophie se pasó la mano por la nuca.

—¿Hospitales también?

Julien pensó en los cortes limpios, en la "intervención quirúrgica imposible" del primer cuerpo. La imposibilidad se deshacía: no era imposible, era inaccesible.

—Dame el nombre —dijo.

El analista lo escribió en un papel aparte, como si incluso imprimirlo fuera peligroso. *Clinique Notre-Dame de la Mer*. Julien lo leyó dos veces. La ironía era tan grosera que dolía.

Vitale se levantó. Su silla chirrió, y el sonido pareció demasiado humano para esa sala de cuentas y cadáveres.

—Voy a pedir una reunión con la gente adecuada —dijo—. No por escrito. Sin registros. Solo palabras.

—¿Y quién es "la gente adecuada"? —preguntó Julien.

Vitale no respondió de inmediato. Se puso el abrigo como quien se protege de algo más que del frío.

—Un contacto en la embajada —dijo al fin—. Alguien que entiende lo que significa tocar ciertas puertas.

Sophie se cruzó de brazos.

—¿Y si no abren?

Vitale se encogió de hombros con una resignación estudiada.

—Entonces al menos sabremos qué puertas están selladas.

Julien sintió un impulso de rabia, pero también una lucidez amarga: estaban chocando contra un edificio, no contra un hombre. Un edificio hecho de diplomacia, liturgia y archivos cerrados con llave.

Luc se acercó al tablero y clavó una nueva nota en el mapa de Europa. En letras negras escribió una sola palabra: ROMA. La fijó con una chincheta como si fuera un insecto peligroso.

—Esto —dijo— es el centro de gravedad.

Julien miró esa palabra y pensó en las bóvedas del Vaticano que había visto en fotografías: techos altos, mármoles pulidos, sombras frescas. Espacios donde el tiempo parecía arrodillarse. ¿Cómo se investigaba un crimen en un lugar diseñado para que el pecado fuera un asunto privado?

Sophie recogió su abrigo y su cuaderno. Antes de salir, se detuvo junto a las fotos de los niños.

—No me importa qué uniforme lleven —dijo en voz baja—. No me importa el idioma. No me importa si rezan o no. Solo quiero que alguien, una vez, no se vaya.

Julien la vio salir y sintió la misma determinación con la que ella había pronunciado "una vez". Como si toda la historia fuera la repetición de una cobardía antigua.

Vitale apagó la lámpara del escritorio. La sala se oscureció, y las hojas quedaron como pequeños rectángulos pálidos, flotando.

—Prepárense —dijo—. Cuando esto cruce la frontera, ya no seremos dueños del caso.

Julien guardó las copias en una carpeta y la apretó contra el pecho, ridículamente, como si fuera un escudo. Antes de apagar el ordenador, volvió a mirar la última línea de la hoja: el destino final de una transferencia, un banco en Roma con un nombre que no era un nombre, sino un eco.

En el pasillo, las luces fluorescentes parpadeaban. El edificio de Interpol parecía más estrecho de lo normal, como si también él sintiera la presión de lo que venía.

Julien bajó las escaleras sin hablar. Cada peldaño era una cuenta atrás. En el último tramo, su teléfono vibró. Un mensaje sin firma, solo una frase:

Dejen Roma. No es un lugar para ustedes.

Julien se detuvo. Leyó otra vez. Sintió en la nuca el soplo de una presencia invisible, no sobrenatural, sino perfectamente humana: alguien que vigilaba, que anticipaba, que se sentía dueño del tablero.

Guardó el teléfono. Miró hacia la salida, donde el frío de la calle esperaba como una bofetada.

Todos los caminos llevaban a Roma. Y Roma, ahora lo sabía, ya los estaba mirando.

CAPÍTULO 12

El piso de Claire Duval olía a tabaco frío y papel viejo, como si el tiempo se hubiera detenido en una década anterior. Las persianas estaban a medio bajar y dejaban entrar una luz sucia, parisina, que no calentaba nada; apenas dibujaba rectángulos pálidos sobre el suelo. Julien Morel se quedó de pie cerca de la ventana, sin quitarse el abrigo, con esa rigidez de quien teme sentarse y admitir que necesita descansar.

Claire no lo miró al principio. Sirvió café en dos tazas desparejadas, una con una astilla en el borde. El hervor ya había pasado hacía rato: el líquido salió tibio, con una espuma mínima que se deshacía al instante.

—No vayas a decirme que vienes a pedirme que vuelva —dijo ella al fin—. Ya lo hiciste una vez. No funcionó.

Julien bajó la vista hacia la mesa abarrotada. Había recortes con titulares recortados a mano, fotos en blanco y negro, anotaciones con tinta azul. Entre los papeles, una libreta con una fecha subrayada dos veces. Un apellido repetido en los márgenes. Parecía el escritorio de alguien que no perseguía la verdad por oficio, sino por necesidad.

—Vengo a pedirte que me digas lo que no me estás diciendo —respondió Julien—. Lo de Roma… no es solo una pista. Es un agujero.

Claire dejó su taza con un golpe suave, controlado. Se sentó, cruzó las piernas y se encendió un cigarrillo con una calma demasiado precisa. La primera bocanada le raspó la garganta; aun así, no tosió.

—¿Cuántas veces te han apartado del caso ya? —preguntó, casi con burla—. ¿Tres? ¿Cuatro?

Julien no contestó. No quería darle ese punto. No quería que el cansancio, la humillación de los despachos y las puertas cerradas se colara entre ellos como una excusa.

—He visto el rastro financiero —dijo—. Fundaciones, colectas, donativos "para misiones". Nombres que no existen en ningún registro civil, pero sí en cuentas suizas. Y después… Roma. El Vaticano. Todo huele a incienso y a hospital.

Claire apagó el cigarrillo en un cenicero lleno y se inclinó hacia él.

—Huele a sacramento —corrigió—. Y los sacramentos no se investigan en Francia. Se respetan, se temen o se callan.

El silencio que siguió no fue una pausa dramática; fue un peso. Julien sintió cómo la habitación se hacía más pequeña, como si los archivos apilados en las estanterías hubieran empezado a respirar.

—Me dijiste que esto ya ocurrió —insistió—. Que lo enterraron. ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué lo dejaste?

Claire sonrió, pero no era una sonrisa. Fue una contracción breve, un gesto de quien aparta un recuerdo que quema.

—Lo dejé porque aprendí que la verdad tiene precio —dijo—. Y porque el precio lo pagan otros.

Julien se acercó a la mesa, sin sentarse todavía. Sus dedos rozaron un recorte amarillento: "Niño desaparecido en Lyon. La policía descarta intervención de terceros". La foto mostraba un rostro borroso, una sonrisa capturada a la fuerza. Al lado, una nota manuscrita: *autopsia negada*.

—Dímelo, Claire.

Ella lo miró por fin. Sus ojos no tenían dramatismo; tenían cansancio. Un cansancio antiguo, acumulado, como el de alguien

que lleva años sosteniendo una puerta para que no se cierre del todo.

—Fue en el setenta y nueve —empezó—. Yo estaba en sucesos, todavía me creía invencible. Me mandaban a cubrir incendios, accidentes, mujeres asesinadas por maridos borrachos. Cosas que el público consume con el café de la mañana. Y un día llegó un niño. No el primero, no el último, pero… distinto.

Se levantó y fue hasta una estantería. Sacó una carpeta fina, marcada con una letra que parecía hecha con prisa. La puso sobre la mesa sin abrirla.

—Se llamaba Théo —dijo—. Tenía ocho años. Desapareció al salir de catequesis.

Julien sintió un golpe seco en el estómago. Catequesis. La palabra traía consigo una atmósfera: bancos de madera, olor a cera, voces bajas, manos que bendicen.

—Lo encontraron dos días después —continuó Claire—. En las afueras. Sin sangre alrededor, como si el cuerpo hubiera sido depositado allí. La policía dijo "ritual satánico". Era más fácil. Era la moda. El espanto simplificado.

Abrió la carpeta. Había copias borrosas de informes, un par de fotografías mal impresas, una transcripción mecanografiada con correcciones a mano. En la esquina, un sello: *Confidentiel*. Julien leyó una frase y tuvo que tragarse la saliva: *incisión limpia, compatible con instrumental quirúrgico*.

—Yo tenía una fuente en el hospital —dijo Claire—. Un camillero, un tipo que hablaba demasiado después de beber. Me dijo que el cuerpo no llegó directo a la morgue. Que pasó por un quirófano vacío, a las tres de la madrugada. Que alguien con acceso lo pidió. Que no era un forense de la policía.

—¿Un médico? —preguntó Julien.

—Un hombre con sotana —contestó ella, y la palabra cayó como una moneda en un pozo—. No era un cura de barrio. Era alguien que no pedía permiso.

Julien sintió el impulso de negar. No por fe, sino por instinto. Lo que Claire insinuaba era demasiado grande, demasiado impune. Si lo aceptaba, también aceptaba que todo lo que había hecho hasta entonces —su placa, sus reglas, su idea de justicia— era una cortesía dentro de una casa ajena.

—¿Lo publicaste? —preguntó.

Claire soltó una risa breve, sin alegría.

—Lo intenté. Tenía el nombre de un intermediario, un abogado que "asistía" a familias de parroquias pobres. Tenía registros de donaciones a una fundación con sede en Roma. Tenía fotos. Las mejores que pude conseguir. Y entonces… me llamaron.

Julien la observó. Ella no dijo "me amenazaron". Dijo "me llamaron". Como si eso fuera peor.

—Me citaron en un despacho —continuó—. No en una comisaría. En un lugar con madera barnizada y alfombras gruesas. Había un hombre del Ministerio, otro del arzobispado y un tercero que no se presentó. Solo escuchaba. Tenía manos cuidadas. Llevaba un anillo grande. Me hablaron de "responsabilidad social", de "no alimentar el pánico". Me ofrecieron un ascenso si cambiaba de sección. Me dijeron que el niño ya estaba muerto, que lo único que podía hacer yo era matar a otros: reputaciones, instituciones, estabilidad.

Julien apretó la mandíbula.

—Y si no aceptabas.

Claire bajó la mirada hacia sus dedos. Tenía una quemadura antigua en el índice, una cicatriz pequeña, insignificante. La tocó como si le recordara algo.

—Me enseñaron una fotografía —dijo—. De mi hermana. Salía de la universidad. La foto era reciente, tomada desde un coche. "Qué joven, qué imprudente", dijo uno. "Sería una tragedia". No levantaron la voz. No hizo falta.

Julien sintió una oleada de rabia que lo obligó a respirar despacio. Quiso decir algo, cualquier cosa: que eso era chantaje, que era denunciable. Pero incluso en su cabeza sonó infantil.

—¿Tu hermana…?

—No le pasó nada —dijo Claire—. Porque acepté.

El café ya era una mancha en la mesa, olvidado. Afuera, un coche pasó por la calle con el sonido húmedo de las ruedas sobre el asfalto. El mundo seguía. Esa continuidad era una ofensa.

—Entonces te fuiste —dijo Julien.

—Me movieron —corrigió ella—. Me dieron una sección "más amable". Cultura. Teatros. Inauguraciones. Escribí sobre estrenos mientras alguien escribía listas con nombres de niños. Y cada vez que veía una sotana, me dolía el estómago.

Julien se sentó por primera vez. La silla crujió, como si también protestara.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Por qué vuelves a abrirlo?

Claire lo miró con una dureza tranquila.

—Porque ustedes han llegado demasiado lejos para fingir que no lo ven. Y porque esta vez hay Interpol, hay demasiados cadáveres, demasiadas ciudades. Ya no se puede enterrar igual. Pero se puede… trasladar.

Julien sintió un frío fino en la nuca.

—¿Trasladar?

Claire recogió un papel de la pila, un documento con membrete de una fundación religiosa. Señaló un nombre.

—Esto. Lo he visto antes. Cambian sellos, cambian firmas, pero el patrón es el mismo. Y hay una firma que se repite en los tránsitos importantes. No aparece como autor. Aparece como quien bendice el movimiento.

Julien siguió la línea con el dedo. El nombre estaba escrito con tinta negra, elegante, casi caligráfica. No era una firma; era una declaración de poder.

—¿Quién es? —preguntó.

Claire aspiró humo y lo soltó lentamente, como si cada palabra necesitara atravesar una capa de resistencia interna.

—En el setenta y nueve no era camarlengo —dijo—. Era un hombre joven, brillante, con cara de santo y ojos de administrador. Lo vi una vez, de lejos, en una ceremonia. No supe quién era hasta después. Y cuando lo supe, entendí por qué mi artículo murió antes de nacer.

Julien notó que su pulso se aceleraba. Afuera, una sirena lejana se apagó como un animal que se cansa.

—Dilo —pidió, casi en un susurro.

Claire apagó el cigarrillo. Se inclinó hacia él, como si el nombre pudiera ser escuchado por las paredes, por los cables del teléfono, por los ojos invisibles que ella sabía que existían.

—Alessandro Rinaldi —pronunció—. El camarlengo.

La habitación pareció inclinarse un milímetro. Julien sintió que el aire se espesaba. Rinaldi no era solo un objetivo: era un símbolo, una puerta custodiada por siglos de ritual y diplomacia. Un hombre que no necesitaba esconderse porque su escondite era la propia luz.

Claire cerró la carpeta y la apartó, como si al hacerlo pudiera evitar que la verdad se extendiera por el suelo.

—Si vas a Roma —dijo—, no vayas con la idea de detener a un criminal. Ve con la idea de entrar en una máquina. Y las máquinas no tienen culpa. Solo función.

Julien la miró. Por primera vez desde que empezó todo, comprendió que el enemigo no era una sombra en un callejón, ni un nombre en un registro. Era un edificio entero. Una arquitectura de silencios.

Se levantó despacio. No había heroísmo en su gesto; solo decisión, esa forma amarga de la esperanza.

—Gracias —dijo.

Claire negó con la cabeza.

—No me des las gracias —respondió—. Prométeme que si te rompen, no te vas a quedar callado.

Julien no pudo prometerlo. Lo supo en el instante en que abrió la puerta y el pasillo lo recibió con su olor a humedad. Lo único que pudo hacer fue asentir, como quien acepta una condena.

Bajó las escaleras sin mirar atrás. En la calle, París seguía con su tráfico y su indiferencia. Julien caminó hacia la noche con el nombre de Rinaldi latiéndole en la lengua, y con una certeza que no lo tranquilizaba: ya no era posible volver a ser solo policía.

CAPÍTULO 13

Roma amaneció con un cielo del color del plomo viejo. La humedad se quedaba pegada a las piedras como una respiración cansada y, en las calles que desembocaban en el Vaticano, el murmullo habitual tenía algo contenido, como si incluso los motores de los autobuses supieran guardar respeto. Los periódicos colgados en los kioscos repetían la misma foto: el Santo Padre, una mano alzada, sonrisa rígida. Debajo, titulares prudentes. "Fatiga", "reposo", "audiencias suspendidas".

Julien Morel leyó uno sin comprarlo. No necesitaba el papel para sentirlo: en la ciudad circulaba un olor metálico, mezcla de lluvia próxima y noticias mal cerradas.

Marco Vitale lo esperaba en un Fiat discreto, de esos que no llaman la atención precisamente porque están en todas partes. El agente de Interpol llevaba ojeras de una semana sin dormir bien y una camisa arrugada en el cuello.

—No es oficial —dijo antes de saludar—. Aún no lo es. Pero en los pasillos ya cambiaron el tono.

Julien se sentó y cerró la puerta. El interior del coche olía a café recalentado y tabaco frío.

—¿Qué tono?

Vitale puso en marcha sin mirar a los lados. Se incorporó al tráfico con una calma aprendida.

—El de la sucesión. Cuando se habla de la salud del Papa con voces bajas, no están cuidando al enfermo. Están midiendo el tiempo.

Julien pensó en la cuenta atrás que habían perseguido durante meses sin llamarla así. Niños desaparecidos, cuerpos devueltos como paquetes mal embalados, informes, autos de fe burocráticos. Ahora el reloj no lo marcaban los asesinos. Lo marcaba el Vaticano.

—¿Y Rinaldi? —preguntó.

Vitale apretó los labios, como si el nombre le dejara una película amarga en la lengua.

—Rinaldi es el hombre que tiene las llaves cuando la casa tiembla. Si el Papa cae, él ordena, él sella, él dirige. La institución se vuelve aún más opaca, porque todo lo que ocurre "entre" se convierte en sagrado.

Julien miró por la ventanilla: monjas cruzando una calle como sombras negras, turistas con cámaras, guardias suizos inmóviles en una esquina. Roma seguía viva; era el Vaticano el que se preparaba para una pausa solemne.

Vitale dobló hacia una avenida donde los edificios se alineaban con una austeridad administrativa. Se detuvo frente a un inmueble sin signos religiosos, como cualquier oficina estatal.

—Tenemos una ventana —dijo—. Corta. Antes de que se active la maquinaria del funeral.

—¿La maquinaria?

—Protocolos, puertas cerradas, permisos anulados, archivos movidos. Y lo más importante: gente que ya no responde llamadas.

Julien bajó del coche con la sensación de estar entrando en un lugar donde las palabras se volvían menos útiles. Vitale lo condujo por un pasillo de luz blanca hasta una sala pequeña. En una mesa había mapas del Vaticano marcados con lápiz, fotos tomadas a distancia, copias de documentos bancarios donde los sellos parecían más sólidos que las cifras.

Claire Duval ya estaba allí. Tenía el pelo recogido sin cuidado y un abrigo demasiado fino para la mañana romana. Al ver a Julien, no sonrió; le bastó levantar la vista para que él supiera que algo había cambiado.

—Anoche intentaron entrar a mi habitación —dijo sin preámbulos.

Julien se acercó. Sintió en el estómago esa mezcla de rabia y cansancio que ya le era familiar.

—¿Estás bien?

—Estoy viva. —Claire apoyó los dedos sobre una carpeta—. Eso, por ahora, es un logro. No se llevaron nada, o no encontraron lo que buscaban. Pero dejaron una marca. Una forma de decir: "te vemos".

Sophie Lambert apareció por la puerta con un vaso de agua que no parecía haberse bebido. Sus ojos, siempre atentos a los detalles humanos, se movieron de Claire a Julien con una pregunta silenciosa.

Luc Bernard estaba en el fondo, de pie, observando el mapa como si fuera un tablero de ajedrez en una partida que se juega a ciegas. Su rostro era el de alguien que no se permite el lujo de la sorpresa.

—El Papa se muere —dijo, finalmente, como quien enuncia una variable que altera el modelo.

Nadie corrigió el verbo. Nadie pidió suavizarlo.

Vitale cerró la puerta y bajó la voz.

—La información viene de alguien dentro. Un médico. No tenemos nombre, no puedo exponerlo, pero es fiable. Hay insuficiencia múltiple. Puede ser cuestión de días. Si hay crisis esta noche, mañana ya estarán ensayando la despedida.

Julien miró el mapa, las líneas, los puntos señalados. Pensó en los documentos financieros que los habían traído hasta allí, en las

fundaciones religiosas como máscaras, en las transferencias hechas con devoción contable. Habían llegado al borde, y el borde se movía.

—Necesitamos algo antes —dijo—. Una prueba que no pueda desaparecer.

Claire pasó una hoja hacia él: una lista de nombres escritos a máquina, con anotaciones a mano en los márgenes. Algunas letras estaban corridas, como si quien las escribió hubiera tenido prisa o miedo.

—Esto es de hace años —explicó—. Del caso que me obligaron a dejar. Es un registro de "benefactores" de una residencia infantil ligada a una congregación. La residencia cerró, pero el dinero siguió fluyendo. Y aquí… —señaló un nombre— está Conti. Y aquí… —se detuvo, como si el papel quemara— Rinaldi. No era camarlengo entonces. Era un hombre en ascenso.

Julien sintió un golpe seco en la memoria. Monseñor Paolo Conti: el silencio con sotana, la amabilidad sin calor. Un rostro que no se fija en los ojos cuando habla.

Sophie tomó la hoja con cuidado, como si fuera una fotografía de un muerto.

—No es prueba judicial —murmuró—. Pero es una cuerda.

Luc se acercó por fin. Su voz fue baja, precisa.

—En una transición de poder, las redes no se detienen. Se protegen. Si el Papa muere, habrá movimientos rápidos: limpieza de archivos, traslados, "retiros espirituales" para quienes saben demasiado. Y si nosotros estamos aquí, nos convertirán en ruido.

Vitale asintió con una dureza resignada.

—La diplomacia nos va a atar las manos en cuanto esto se haga público. Ya lo están preparando. Hablarán de respeto, de duelo, de soberanía. Y nosotros quedaremos del lado de lo profano.

Julien apretó la mandíbula. Pensó en los niños. No en abstracción, sino en caras que Sophie les había descrito: dientes separados, uñas mordidas, una cicatriz en la ceja, un miedo aprendido. El duelo que venía era por un hombre con poder. El duelo que nunca se hizo era por ellos.

—Entonces nos queda el tiempo —dijo—. Y el error humano. Siempre hay uno.

Claire lo miró con una mezcla de ironía y ternura que aparecía solo cuando estaban al borde.

—El Vaticano se alimenta de errores humanos —dijo—. Los convierte en pecado, los administra y los archiva. Pero a veces también se le escapan.

Hubo un silencio breve. No era solemnidad; era cálculo. Afuera, un coche tocó la bocina. Alguien reía en la calle. La vida insistía.

Vitale se inclinó sobre el mapa y señaló una zona.

—Las oficinas administrativas, la Prefectura de Asuntos Económicos. Si hay movimientos de fondos de emergencia, pasarán por aquí. Los funerales cuestan, incluso cuando se disfrazan de eternidad. Y si Rinaldi está cubriendo huellas, lo hará desde la contabilidad, no desde el púlpito.

Luc frunció el ceño.

—No vamos a entrar ahí sin autorización.

—No vamos a entrar —corrigió Claire—. Vamos a mirar. A escuchar. A recoger fragmentos.

Julien entendió la palabra "fragmentos" como se entienden las últimas cosas que quedan después de un incendio: pedazos ennegrecidos que, si se juntan bien, revelan la forma de lo que ardió.

Sophie respiró hondo. Su voz, cuando habló, tenía un temblor controlado.

—Y si no llegamos a tiempo…

Nadie respondió de inmediato. Porque la respuesta era el vacío.

Julien sintió que el caso, que había empezado en un descampado francés con un niño abierto como una lección de anatomía, se estaba cerrando sobre ellos en una cúpula dorada. Se preguntó, por un segundo, si la verdad tenía algún lugar en un sitio construido para lo absoluto.

Vitale miró su reloj. El gesto parecía pequeño, casi ridículo, en medio de mapas y nombres. Pero era el gesto que imponía realidad.

—Hoy a las cinco hay una reunión discreta en la Secretaría de Estado —dijo—. Una "actualización pastoral" sobre la salud del Papa. No es pública. Pero el edificio se mueve cuando eso ocurre. Entradas, salidas. Gente que se cree invisible porque lleva sotana.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Julien.

Vitale sostuvo la mirada sin parpadear.

—Porque alguien quiere que lo sepamos.

Claire soltó una risa corta, sin alegría.

—Eso es lo que más miedo me da.

Luc recogió las fotografías de la mesa y las guardó en una carpeta negra. Su precisión era casi tranquilizadora, como si la disciplina pudiera blindarlos.

—Entonces asumamos que nos están guiando —dijo—. Y que el guía tiene su propio destino.

Julien pensó en Conti. En su silencio. En la forma en que algunos hombres se convierten en puertas: no empujan, no detienen; solo deciden quién pasa.

—¿Y si Conti está jugando a dos bandas? —preguntó.

Vitale se encogió de hombros.

—En Roma, todos lo hacen. Hasta los santos, si existieran.

Sophie miró por la ventana. A lo lejos, una cúpula recortaba el cielo. El Vaticano parecía una miniatura de piedra en una ciudad enorme, pero el peso simbólico lo volvía desproporcionado, como una montaña en el pecho.

—¿Cuántos niños más? —susurró.

La pregunta cayó en la sala como una gota en un charco de aceite. Julien la sintió arder.

Claire se acercó a ella y, sin decir nada, le apoyó la mano en el antebrazo. El gesto fue rápido, casi accidental, pero sostuvo algo que no tenía nombre: la necesidad de no volverse de piedra.

Vitale abrió la puerta.

—Muévanse con cuidado —dijo—. A partir de ahora, cada paso tendrá testigos.

Salieron uno por uno. En el pasillo, el aire acondicionado zumbaba como un insecto constante. Julien caminó detrás de Claire, notando la rigidez de sus hombros. Ella había sido periodista; conocía el filo de la exposición. Y, sin embargo, estaba allí, avanzando hacia la boca del monstruo.

Al llegar a la calle, Roma los recibió con su normalidad indiferente. Un vendedor ambulante ofrecía rosarios. Un turista preguntaba por el camino a la basílica. El sol intentaba romper las nubes sin lograrlo del todo.

En una esquina, un televisor encendido en un bar mostraba imágenes borrosas del Vaticano. Un presentador hablaba con voz grave, rodeado de gráficos. “Fuentes cercanas”, “preocupación”, “oraciones”.

Julien se detuvo un instante. Sintió que la ciudad respiraba con un ritmo que no era el suyo.

Entonces, como si el mundo hubiera estado esperando el momento exacto, el televisor cambió de plano. Apareció un portavoz con sotana y un rostro cuidadosamente neutro. Leyó un comunicado breve. Palabras elegidas como piedras pulidas: "estado crítico", "acompañamiento espiritual", "posibles celebraciones".

Y, al final, la frase que sellaba la cuenta atrás:

"Se ha activado el protocolo para las exequias."

Claire cerró los ojos un segundo, como si le doliera el sonido. Vitale maldijo en italiano por lo bajo. Sophie se quedó inmóvil, con el vaso de agua aún en la mano, olvidado.

Julien sintió que el tiempo se estrechaba. El funeral ya no era un horizonte; era una fecha que avanzaba como un tren en la noche.

Cuando volvió a mirar la pantalla, el presentador ya hablaba de logística, de peregrinos, de seguridad. Todo estaba empezando a ordenarse alrededor de la muerte como si fuera un evento.

Y Julien entendió, con una claridad casi cruel, que la verdad tendría que abrirse paso entre coronas de flores, cámaras, incienso y silencio.

El Vaticano ya se preparaba para despedir a un Papa.

Y para enterrar, de paso, todo lo demás.

CAPÍTULO 14

Roma amaneció con un cielo de plomo y un aire que olía a piedra mojada. Las campanas no repicaban: marcaban. Cada sonido parecía medido para sostener una solemnidad que, vista de cerca, tenía algo de mecanismo. En los accesos al Vaticano, los controles se multiplicaban como anillos concéntricos: carabinieri, guardias suizos, agentes de civil que fingían ser peregrinos con el rosario apretado entre los dedos.

Julien Morel cruzó uno de los arcos laterales con una acreditación que no llevaba su nombre. La cartulina plastificada le pesaba más que la pistola oculta bajo la chaqueta. A su lado, Marco Vitale caminaba con la calma estudiada de quien sabe dónde termina el coraje y dónde empieza la diplomacia.

—Mírame —murmuró Vitale sin girar la cabeza—. Si alguien te habla, dejas que yo conteste. Aquí, una palabra de más puede ser una orden de captura.

Julien asintió. El murmullo de la multitud, contenida detrás de vallas metálicas, era un mar sin oleaje. Bandas de fieles avanzaban hacia la plaza como si hubieran ensayado la tristeza. A ratos se escuchaban sollozos, pero sobre todo había silencio: un silencio dirigido.

Luc Bernard los esperaba en el punto acordado, pegado a una pared de travertino, con un maletín delgado que no era suyo. Su rostro tenía la palidez del insomnio.

—La ventana es hoy —dijo, sin preámbulos—. Si no entramos con el ruido del funeral, no entramos nunca.

Julien miró hacia la cúpula, apenas visible entre andamios y banderas negras. El Vaticano estaba en duelo, pero por debajo de ese luto se movían corrientes rápidas, subterráneas.

Sophie Lambert no estaba allí. Había quedado en París, con los archivos, con los nombres, con los niños. Julien había pensado que la ausencia la protegería, pero lo que sentía era otra cosa: una falta física, como si en el equipo faltara oxígeno.

Claire Duval sí estaba en Roma. No llevaba credencial ni maletín; llevaba un abrigo gris oscuro y una libreta diminuta que parecía un amuleto. Esperaba al otro lado del corredor, cerca de una columna, mezclada con periodistas italianos. Cuando Julien la vio, ella no sonrió. Solo levantó la barbilla, como quien reconoce una sentencia.

—No te acerques —le dijo cuando él intentó cruzar—. Hoy no existimos juntos.

—¿Y tú? —preguntó Julien.

—Yo soy el ruido —respondió Claire—. Si todo sale bien, me odiarán los correctos y me aplaudirán los cínicos. Si sale mal… —no terminó la frase. No hacía falta.

Vitale les hizo una seña corta. Era el momento.

Entraron por un acceso reservado a personal acreditado para la liturgia. El interior era una penumbra de oro: velas alineadas, humo de incienso que convertía cada haz de luz en una cuerda. El aire era denso, casi masticable. Julien sintió que el lugar no estaba diseñado para el cuerpo, sino para la obediencia.

Los pasos resonaban con discreción. A cada pocos metros, un guardia miraba, evaluaba, dejaba pasar. Vitale mostraba documentos; Luc sostenía el maletín como si contuviera algo sagrado. Julien se obligó a respirar despacio, a no mirar demasiado.

—Recuerda —susurró Luc—: no buscamos un arresto. Buscamos el acceso.

—No digas “acceso” —replicó Vitale—. Aquí todas las palabras tienen oído.

Más adelante, un pasillo se bifurcaba. Un arco marcaba la ruta hacia la basílica, otro hacia dependencias internas. Allí los rostros cambiaban: menos fieles, más hombres con auriculares, más sotanas con prisa.

Julien notó una presencia antes de verla: Monseñor Paolo Conti apareció desde un lateral como si hubiera estado esperándolos tras una cortina. Su sotana impecable contrastaba con unos ojos cansados que no dejaban de medir.

—Señor Vitale —saludó, con una cordialidad que no llegaba a los labios—. El protocolo hoy es más estricto. No habrá improvisaciones.

Vitale sonrió con educación.

—Por supuesto, monseñor. Nuestra tarea es técnica. Verificación de rutas, control de seguridad… para evitar incidentes.

Conti fijó la mirada en Julien un segundo de más.

—¿Y él?

—Personal de apoyo —dijo Vitale—. Habla poco. Es una ventaja en Roma.

Conti pareció apreciar el comentario. O quizás lo toleró. Se apartó lo justo para dejarles paso, pero su mano rozó el maletín de Luc con una familiaridad extraña, como si quisiera recordar que allí, incluso los objetos, tenían dueño.

—Que Dios los ilumine —dijo Conti.

Julien sintió el escalofrío de esa frase. No sonaba a bendición. Sonaba a aviso.

Siguieron. A lo lejos, la basílica rugía en silencio: un murmullo de miles de personas, contenido bajo la bóveda. El funeral comenzaría

en minutos. Ese reloj, el más antiguo del mundo, empezaba a contar hacia atrás.

Luc abrió el maletín apenas unos centímetros. Julien vio un juego de herramientas pequeñas, finas, y un paquete de documentos plastificados con sellos y firmas. Eran falsos, pero estaban hechos con una perfección triste.

—¿De verdad sirven? —preguntó Julien.

—Sirven hasta que no sirven —respondió Luc—. Como todo.

Llegaron a una puerta discreta, casi oculta en el mármol. No tenía ornamentos, solo una placa mínima con numeración interna. Vitale tocó dos veces, esperó, tocó una tercera. La puerta se abrió apenas lo suficiente para que un hombre asomara el rostro: cabello corto, mandíbula tensa, traje oscuro. No era Guardia Suiza. Era otra cosa.

—¿Quiénes son? —preguntó en italiano.

Vitale habló en el mismo idioma, con la fluidez de un nativo que había aprendido a sonar neutral.

—Ronda de verificación. Orden del coordinador de seguridad.

El hombre pidió documentos. Los revisó con atención. Luego miró a Luc, a Julien, como si oliera la mentira. Por un instante, Julien pensó en los cadáveres: el corte limpio, la ausencia donde debía haber vida. Pensó en las manos que podían hacer eso y luego ponerse guantes blancos para sostener una custodia.

El hombre devolvió las acreditaciones.

—Cinco minutos —dijo—. Nada de fotografías. Nada de… curiosidad.

La puerta se abrió del todo. Entraron.

El corredor interior estaba más frío. La piedra aquí no había recibido la respiración de los peregrinos; estaba intacta, guardada. Olía a cera vieja y papel. Las luces eran escasas, indirectas, como si el lugar prefiriera no ser visto.

—Aposentos —murmuró Vitale, casi sin voz—. Esto es lo más cerca que vamos a estar.

Julien sintió que el pulso se le subía a la garganta. Cada paso era una provocación. El ruido del funeral, amortiguado por los muros, llegaba como una marea lejana: cánticos en latín, una cadencia que parecía sostener el edificio.

—¿Cuál es la puerta? —preguntó Julien.

Luc señaló un tramo al final: doble hoja, madera oscura, herrajes antiguos. Allí no había placa. Solo una discreta marca en el marco, como una cicatriz.

—Esa —dijo—. Y antes de que preguntes: no la abren para nadie hoy. Precisamente por eso.

Vitale miró el reloj.

—Tienen cuatro minutos.

Se acercaron. Julien vio el detalle que lo heló: un cordón rojo cruzaba las puertas, sellado con lacre. No era un simple impedimento físico, era un símbolo. Algo que decía: aquí termina lo humano.

Luc se agachó. Sacó de su bolsillo una lupa pequeña y un punzón fino. Trabajó sin prisa, como un cirujano. Julien quiso apartar la mirada, pero no pudo. Todo en esa escena era una repetición monstruosa: abrir, extraer, dejar intacta la apariencia.

—No rompas el sello —susurró Vitale, tenso—. Si lo rompes, esto se vuelve imposible de negar.

Luc levantó la vista.

—Ya es imposible de negar. Lo que cambia es quién paga el precio.

Los cánticos se elevaron. Un "Requiem aeternam" recorrió la piedra como un escalofrío. Julien imaginó la plaza repleta, el ataúd, las manos juntas, las cámaras transmitiendo al mundo un espectáculo

de duelo. Y aquí, detrás de puertas anónimas, el verdadero duelo no tenía liturgia.

—Luc… —dijo Julien, la voz quebrada por una rabia que no podía gritar—. Si lo hacemos, no hay vuelta.

—No la hay desde el primer niño —respondió Luc.

El punzón tocó el lacre. Un crujido mínimo, casi íntimo. Luc intentó levantar una esquina sin quebrarlo, pero el sello era antiguo y frágil, como todo lo que se sostiene por fe y por miedo. El lacre cedió con un chasquido seco.

El cordón rojo se aflojó, como un músculo que pierde tensión.

En ese instante, Julien sintió que algo cambiaba en el aire. No fue un sonido; fue una ausencia. Como si el corredor hubiera dejado de pertenecer al Vaticano y pasara a pertenecer a otra cosa, más vieja, más oscura.

Vitale dio un paso atrás. Su rostro había perdido el color.

—¿Qué hicieron? —susurró, no como reproche, sino como constatación.

Luc retiró el cordón y lo dejó caer con cuidado, casi con respeto. Luego apoyó la mano en la puerta. La madera estaba tibia, como si al otro lado hubiera gente… o memoria.

Julien extendió los dedos y sintió las vetas bajo la piel. Pensó en la palabra "intocable" y en cómo, a veces, solo significa "nadie se atreve".

Empujaron.

La puerta cedió con un gemido largo, contenido durante años. Un olor salió a recibirlos: papel húmedo, incienso rancio, algo metálico que Julien asoció, sin querer, a las salas de autopsias.

La sombra del interior se abrió como una boca.

—Entren —dijo Luc.

Y entonces, desde algún punto del pasillo, llegó el sonido inequívoco de pasos apresurados. No corrían; avanzaban con la urgencia disciplinada de quienes saben exactamente dónde ir.

Julien giró la cabeza hacia la oscuridad del corredor, mientras la puerta de los aposentos papales quedaba abierta, expuesta.

Los sellos se habían roto. Y el Vaticano, por primera vez en siglos, iba a notar el frío.

CAPÍTULO 15

La puerta cedió con un chasquido seco, más doméstico que heroico, como si lo que protegiera no fuera un secreto milenario sino un cuarto de servicio mal cerrado. Julien entró primero, con la pistola baja y la garganta apretada. El aire olía a cera vieja y a madera pulida; debajo, una nota más fría, metálica, como de agua estancada en tuberías antiguas.

Los aposentos papales, despojados ahora del cuerpo que los había habitado, tenían algo de escenario tras la función: sillas en su sitio, cortinas pesadas inmóviles, una luz oblicua filtrándose por las ventanas altas y dejando polvo en suspensión. Se oían pasos, los suyos, y más lejos el murmullo amortiguado de la multitud que todavía despedía al Papa sin saber que, a pocos metros, la Iglesia era otra cosa.

Luc Bernard avanzó a la derecha, repasando con la mirada las posibles salidas. Sophie Lambert se quedó un segundo en el umbral, respirando como si el lugar le exigiera permiso. Marco Vitale, detrás, hablaba por el pequeño transmisor con una calma que parecía ensayada.

—No hay vuelta atrás —dijo, sin elevar la voz—. Si esto sale mal, no existimos.

Julien no respondió. Tenía en la cabeza el peso de todos los cuerpos vistos en fotografías, de las autopsias narradas con términos clínicos para no caer de rodillas. Y, encima de todo, el nombre: Alessandro Rinaldi.

Una puerta interior, discreta, estaba entornada. No era la principal; era una de esas que en los planos aparecen como "pasillo de

servicio”. Claire Duval, que había insistido en estar cerca aunque la hubieran dejado fuera del cordón, no estaba allí para verlo, pero Julien sintió su presencia como un empujón entre los omóplatos. “No lo dejes hablarte como si fuera un hombre de Dios”, le había dicho. “Te va a ofrecer paz. No la aceptes.”

El pasillo olía a incienso. También a humedad. Un hilo de sonido, casi imperceptible, venía del fondo: el roce de una página, quizá, o el clic de un mechero. Luc levantó la mano y Julien se detuvo.

La última puerta estaba cerrada. No tenía signos externos de importancia. No había guardias. Eso fue lo que más lo inquietó: la ausencia de defensa, como si el lugar se defendiera solo.

Marco dio un paso, sacó una tarjeta rígida, un instrumento improvisado. Julien negó con la cabeza.

—Yo —dijo.

Empujó con el hombro. La madera crujió y se abrió apenas. No hubo alarma. No hubo gritos. Solo una continuidad de silencio que parecía preparada.

Dentro había un escritorio antiguo, una biblioteca cerrada con cristal, un crucifijo sin brillo y, en una esquina, un pequeño bar con botellas alineadas. Tras el escritorio, sentado como si esperara una audiencia, estaba Alessandro Rinaldi.

No llevaba sotana. Vestía un traje gris impecable, de corte sobrio, y una camisa blanca sin corbata. Su rostro era el de alguien acostumbrado a ser escuchado: pómulos limpios, ojos atentos, la sonrisa mínima de quien decide cuándo concede cercanía. Tenía las manos apoyadas en el tablero, abiertas.

—Detective Morel —dijo en francés, con acento suave—. Y el equipo de especialistas. Se han tomado muchas molestias.

Julien sintió la tentación inmediata de gritar, de cruzar la habitación y estrellarle la cara contra la madera. No lo hizo. Había aprendido, a

golpes, que la rabia era una ventaja para el otro.

—Está detenido —dijo Julien—. Por tráfico de órganos, abuso de menores, homicidio. Por encubrimiento y asociación criminal.

Rinaldi ladeó la cabeza con interés genuino, como si escuchara un argumento teológico.

—¿Detenido por quién? —preguntó—. ¿Por la Policía Judicial francesa? ¿Por Interpol? ¿Por la indignación de un hombre joven que aún cree que el mundo se rige por expedientes?

Marco se adelantó medio paso, mostrando la credencial. El gesto, en aquella habitación, tuvo algo de pantomima.

—En nombre de Interpol —dijo—, y con cooperación de las autoridades italianas…

Rinaldi levantó la palma, no para detenerlo sino para guiarlo.

—La cooperación es una palabra hermosa —murmuró—. También lo es "autoridad". Todo suena sólido hasta que uno toca el borde y descubre que está hecho de aire.

Luc Bernard lo observó con frialdad clínica. No miraba al hombre, sino al mecanismo.

—Ha usado estructuras de caridad para mover dinero —dijo—. Fundaciones, hospitales, conventos. Hay registros, cuentas, intermediarios. Tenemos nombres.

Rinaldi sonrió apenas, como si el catálogo de horrores fuera una lista de virtudes mal pronunciadas.

—Tienen piezas —aceptó—. Les falta la mano que las sostiene. Y, si la encuentran, no podrán cerrarla. No con sus leyes.

Sophie apretó los labios. Julien notó en ella un temblor contenido, algo que no era miedo sino náusea moral.

—Eran niños —dijo ella, y esa frase, sencilla, atravesó la habitación como un objeto lanzado.

Rinaldi sostuvo la mirada de Sophie sin apartarse, sin sombra de incomodidad.

—Eran vidas —corrigió—. Y las vidas, señora, se negocian todos los días en cualquier capital del mundo. Ustedes solo se escandalizan cuando la transacción es explícita.

Julien dio un paso, acercándose hasta quedar a pocos metros del escritorio.

—¿Cuántos? —preguntó.

Rinaldi bajó la vista a sus manos, como quien decide si concede un detalle.

—Los suficientes para que su estadística deje de serle útil —dijo—. ¿Eso busca? ¿Una cifra para dormir peor?

Julien sintió el calor subirle al rostro. Visualizó, sin querer, una camilla, un cuerpo pequeño, la precisión de un corte. Recordó el forense diciendo "imposible para un crimen común". Recordó a las madres en los pasillos, con los ojos secos por agotamiento.

—¿Por qué? —insistió, y odió la palabra al pronunciarla. Sonaba a petición de sentido.

Rinaldi alzó la mirada, y por un instante su voz se volvió casi íntima.

—Porque era fácil —dijo—. Porque el mundo ya estaba preparado para mirar hacia otro lado. Porque la compasión es selectiva y la vergüenza, administrable. Y porque, cuando uno pertenece a una institución que ha sobrevivido a imperios, aprende que el tiempo no castiga; solo borra.

Luc dio otro paso, cerrando ángulo. Julien notó cómo su perfilador había decidido que el diálogo era parte del peligro.

—Tiene correspondencia —dijo Luc—. Listas. Fechas. Una red de transporte con rutas repetidas. Personal médico. Y un hombre que firma como "A.R." en documentos internos.

Rinaldi soltó una breve carcajada sin alegría.

—Iniciales —dijo—. En Roma abundan.

Marco apretó el transmisor, como si buscara anclarse al mundo exterior.

—Está rodeado, monseñor. En minutos habrá carabineros. Si coopera, quizás…

Rinaldi lo interrumpió con una suavidad cortante.

—¿Quizás qué, señor Vitale? ¿Quizás me juzguen en un tribunal civil? ¿Quizás me entreguen a un juez que tenga hijos y por eso crea que puede entender el horror? ¿Quizás salga mi nombre en los periódicos dos semanas y luego lo reemplace una guerra, un escándalo financiero, un terremoto?

Hizo una pausa. El silencio, en esa pausa, pesó como una losa.

—Yo soy un episodio —continuó—. Ustedes quieren un final. No existe. Solo existe continuidad.

Julien sintió que el hombre no solo hablaba desde el cinismo; hablaba desde una certeza aprendida. Y esa certeza era lo verdaderamente insoportable.

—Se equivoca —dijo Julien, aunque su propia voz le sonó más frágil de lo que quería—. Un final existe si usted entra por esa puerta con esposas.

Rinaldi lo miró con una atención casi compasiva, como si Julien fuera un seminarista confundido.

—Usted cree que la justicia es una línea recta —dijo—. Yo la he visto doblarse tantas veces que aprendí su forma real: un círculo.

Sophie dio un paso brusco hacia adelante.

—Usted lo permitió —dijo, y se le quebró un poco la voz—. Usted lo ordenó.

Rinaldi no negó. Tampoco afirmó. La ambigüedad era parte de su liturgia.

—Permití muchas cosas —dijo—. Ordené otras. Callé, que es la más eficaz de las órdenes.

Julien alzó la pistola, no apuntándole a la cabeza sino al centro del cuerpo, por reflejo profesional, por disciplina. El gesto cambió el aire.

—Manos visibles —ordenó—. Levántese. Ahora.

Rinaldi obedeció despacio, con una elegancia que parecía diseñada para las cámaras, aunque no hubiera ninguna. Se puso de pie detrás del escritorio, sin prisa. Sus ojos pasaron por cada uno: Julien, Luc, Sophie, Marco. Como quien toma nota, no como quien teme.

—Ustedes han entrado aquí creyendo que estaban profanando un santuario —dijo—. La verdad es más simple: han entrado en una oficina.

Se inclinó apenas, como si fuera a tomar algo. Julien tensó el dedo, sintiendo el latido en la yema.

—No se mueva —dijo.

Rinaldi se detuvo. Luego, con una lentitud exasperante, extendió una mano hacia el cajón del escritorio. Lo abrió. Sacó un arma pequeña, negra, compacta, que contrastó con todo lo demás como una blasfemia privada.

Marco reaccionó primero.

—¡No! —gritó, y el grito rebotó contra las paredes forradas de madera.

Julien apuntó con firmeza.

—Suéltela —dijo—. Suéltela y…

Rinaldi lo miró por última vez. En sus ojos no había pánico; había cálculo. Y, debajo, algo que podía parecer cansancio, o podría ser otra máscara.

—Usted quiere que yo pague —dijo en voz baja—. Pero pagar es aceptar que hay un juez por encima. Y no lo hay.

Se llevó el arma a la sien con un gesto limpio, casi ceremonial. Julien dio un paso instintivo, como si pudiera acortar el espacio del destino.

El disparo fue seco. Sin eco heroico. Un sonido pequeño para una caída enorme. Rinaldi se desplomó hacia atrás y golpeó el suelo con un ruido pesado, humano, vulgar. La sangre se extendió lentamente, oscura, entre las líneas del mármol.

Sophie se llevó una mano a la boca. Luc cerró los ojos un segundo, apenas, como quien registra un dato inevitable. Marco soltó una maldición en italiano que Julien no entendió del todo, pero reconoció el tono: impotencia.

Julien bajó el arma. Se acercó, sin prisa ya, y miró el cuerpo. No había nada de demoníaco en ese rostro muerto. Solo un hombre con la piel perdiendo color, un hilo de sangre que bajaba hacia la oreja. La banalidad del final lo dejó sin aire.

—Se acabó —murmuró Marco, más como deseo que como afirmación.

Julien no respondió. Miró alrededor: los libros cerrados, el crucifijo, las botellas alineadas. Una oficina, sí. Una oficina donde se había administrado el mal con la misma pulcritud con que se firma un documento.

Luc se agachó junto al escritorio, abrió el cajón con cuidado, apartó papeles. Encontró una carpeta delgada, sin sello. La abrió. Dentro había hojas mecanografiadas, nombres, números, iniciales, rutas. Y,

entre ellas, una carta con membrete oficial, fechada semanas atrás, que hablaba de "continuidad administrativa" ante la inminente muerte del Papa.

Luc levantó la vista hacia Julien.

—No era el único —dijo.

Julien sintió que la frase le caía en el pecho como una piedra. Afuera, el murmullo del funeral seguía, constante, obediente. Campanas a lo lejos. Pasos. La maquinaria del rito avanzando.

Julien guardó el arma. Sus manos temblaban, pero no de adrenalina: de una claridad brutal.

Se inclinó sobre el cuerpo de Rinaldi y, por un instante, quiso decirle algo. Una amenaza tardía. Una maldición. Una frase que equilibrara el mundo. No encontró ninguna. La lengua no sirve contra ciertas estructuras.

Se enderezó.

—Recojan todo —ordenó, con voz ronca—. Y salgan. Antes de que nos cierren las puertas desde afuera.

Mientras se movían, con la prisa fría de quien sabe que el tiempo vuelve a ser enemigo, Julien miró por última vez la mancha de sangre expandiéndose. Pensó en Claire, en los niños sin nombre, en los informes archivados, en las presiones, en los silencios. Y comprendió, con una lucidez que dolía como una herida recién abierta, que la muerte de Rinaldi no era justicia.

Era solo un método más de impunidad.

EPÍLOGO

La lluvia en Roma no caía: se deshilachaba. Una llovizna fina que no golpeaba, sino que se pegaba a la piedra antigua y la volvía más oscura, como si la ciudad entera sudara un secreto. Desde la ventana del hotel, Julien Morel veía los tejados brillar con una luz sucia, atravesada por el resplandor amarillento de las farolas. Abajo, los coches avanzaban con paciencia resignada sobre el empedrado, levantando un vapor leve que olía a gasolina y a tierra mojada.

En el cuarto, el silencio era de esos que se oyen. Un zumbido eléctrico en la lámpara, el tic nervioso del radiador, la respiración breve de alguien que no duerme desde hace días. Julien estaba sentado en el borde de la cama, con la camisa arrugada y la corbata desanudada como una rendición. En la mesa había una carpeta de Interpol, cerrada con una goma. No la abría. A veces la miraba como se mira un cuerpo cubierto por una sábana: sabiendo lo que hay debajo, evitando el gesto que lo confirma.

El disparo de Rinaldi había sido seco, casi pequeño. No hubo heroísmo ni justicia teatral. Solo un hombre vestido de poder que decidió, por última vez, cuándo terminaba su historia. Julien recordaba el olor a incienso mezclado con metal caliente, el eco breve en la estancia, la sangre oscura extendiéndose como tinta sobre la tela ceremonial. Y recordaba algo más: los ojos del camarlengo segundos antes, sin miedo, sin prisa. Como si, incluso al caer, estuviera firmando un documento.

La justicia humana no alcanzaba a sujetar a alguien así. No por falta de voluntad, ni siquiera por falta de pruebas. Por arquitectura.

La puerta del cuarto llamó con discreción. Tres golpes. Julien tardó en responder, como si su cuerpo tuviera que viajar desde lejos para

abrir.

Claire Duval entró sin pedir permiso. Tenía el cabello húmedo, el abrigo pesado por la lluvia, la mirada afilada por un cansancio antiguo. Dejaba un rastro de agua sobre la alfombra, pequeñas constelaciones que se apagaban al momento.

—No te ibas a ir sin despedirte —dijo, sin reproche. Más bien como quien confirma una sospecha.

Julien se encogió de hombros. Su voz salió áspera.

—No sé despedirme de esto.

Claire se acercó a la mesa y tocó la carpeta con un dedo.

—¿Siguen llamándolo "operación concluida"?

Julien soltó una risa breve, sin alegría.

—Concluida, sí. Archivada, no. —Miró hacia la ventana, donde la lluvia borraba el contorno de las cosas—. Vitale dice que en dos semanas se nombrará un nuevo camarlengo. Ya hay nombres circulando.

Claire dejó el bolso en una silla y se quitó el abrigo. Debajo llevaba un jersey oscuro, sencillo, de esos que no piden atención. Se sentó frente a Julien con las manos juntas, como si sostuviera algo frágil entre los dedos.

—¿Y qué esperabas? —preguntó.

Julien apretó la mandíbula. En su cabeza se apilaban imágenes: bolsas mortuorias, fotografías, salas de autopsia con luz blanca, niños a los que nadie volvió a buscar porque nadie esperaba demasiado de ellos. En Francia habían aprendido a mirar de reojo. En Roma, a mirar hacia arriba.

—Esperaba… —empezó, y se detuvo. La palabra "castigo" le pareció infantil.

Claire lo observó un instante, y en su mirada había una compasión contenida, no para consolar, sino para no dejarlo solo.

—Yo también lo esperé una vez —dijo—. Y me costó años entender que el sistema no se cae por una verdad. La verdad solo abre una grieta. Y luego la sellan.

Julien bajó los ojos. En la muñeca aún tenía la marca del reloj que no se quitaba ni para dormir. El cuerpo insistía en medir el tiempo, como si el tiempo fuera el enemigo y no la excusa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él.

Claire se inclinó hacia adelante.

—Escribir.

Julien la miró con una mezcla de respeto y temor. Escribir era una forma de guerra que no manchaba las manos, pero podía dejar cicatrices más largas.

—¿Te van a dejar? —dijo.

Claire sonrió apenas, un gesto torcido.

—No "dejar" es un verbo que el poder conjuga muy bien. Pero ya no les pido permiso. Tengo copias. Tengo nombres. Tengo fechas. —Su voz se endureció un poco—. Y tengo algo que antes no tenía: gente que no puede fingir que no lo sabía.

Julien pensó en Luc Bernard, en su calma glacial. En Sophie Lambert, que había llorado una sola vez, encerrada en un baño, con el grifo abierto para que nadie oyera. En Marco Vitale, que hablaba de límites como quien recita un catecismo diplomático.

Como si lo llamaran, el teléfono del cuarto sonó. Un timbre corto, insistente, demasiado limpio para esa hora. Julien tardó un segundo en reaccionar. Descolgó.

—Morel —dijo.

La voz al otro lado era la de Vitale, seca y sin adornos.

—Necesito verte abajo. Ahora.

Julien miró a Claire; ella ya estaba de pie, como si hubiera sabido que el respiro duraría poco.

Bajaron al vestíbulo. El hotel olía a madera encerada y a tabaco viejo, a ese lujo que pretende ser neutral pero siempre está del lado de alguien. Vitale los esperaba junto a una columna, con el abrigo puesto y el paraguas aún goteando. A su lado había un hombre del Vaticano, traje oscuro, cuello rígido, una expresión cuidadosamente vacía. Julien lo reconoció de los pasillos: monseñor Paolo Conti.

Conti se limitó a asentir. No ofreció la mano. Sus dedos permanecieron ocultos, como si tocar a un policía lo contaminara o lo comprometiera.

—Han decidido hacer un anuncio —dijo Vitale—. Hoy al mediodía. Nombran al nuevo camarlengo.

Julien sintió una presión detrás de los ojos.

—¿Hoy?

—Hoy —repitió Vitale—. Y antes de que lo preguntes: no, no van a mencionar nada. Oficialmente, Rinaldi murió por "una crisis personal" agravada por la tensión del duelo. El resto… se diluye.

Claire clavó la mirada en Conti.

—¿"Crisis personal"? —repitió, saboreando el cinismo—. ¿Así le llaman?

Conti no se inmutó. Habló con la suavidad de quien ha aprendido a convertir la brutalidad en doctrina.

—La Santa Sede lamenta profundamente lo ocurrido. No es momento de escándalos. Hay que proteger la fe de millones.

Julien sintió que una parte de él se levantaba, no del cuerpo sino de la rabia. La misma frase —proteger, preservar, evitar— la había escuchado en París, en oficinas que olían a café recalentado. Solo cambiaba el idioma. Y el uniforme.

—¿Y los niños? —preguntó Sophie en su memoria, como si estuviera allí. Julien lo dijo en voz alta—. ¿A quién protegemos cuando los enterramos sin nombre?

Conti parpadeó despacio.

—Lamento su dolor, inspector. Pero el mundo no se sostiene con la verdad desnuda.

Claire soltó una carcajada breve, sin alegría.

—Se sostiene con mentiras bien planchadas.

Vitale dio un paso, interrumpiendo la tensión antes de que se volviera inútil.

—Hay otra cosa. —Sacó un sobre del bolsillo interior y se lo tendió a Julien—. Esto llegó a mi oficina hace una hora. Sin remitente. En mano.

Julien abrió el sobre con cuidado. Dentro había una fotografía, en blanco y negro, de mala calidad. Un salón amplio, mesas con manteles claros, hombres de traje, algunos con sotana. La imagen estaba tomada desde lejos, como por alguien que no debía estar allí. En una esquina, marcada con un círculo a bolígrafo, se veía un rostro joven, sonriente, con gafas finas y una expresión de serenidad impecable.

Julien sintió el frío subirle por la espalda.

—¿Quién es? —preguntó, aunque ya lo intuía.

Vitale habló sin bajar la voz, pero en su tono había un borde de cuidado.

—Cardenal Émile Charpentier. Francés. Trabajó años en asuntos de Estado. Lo están proponiendo como camarlengo interino.

Claire se acercó para mirar la foto. Su cara se endureció al instante.

—Charpentier… —murmuró—. Ese nombre estaba en los archivos que desaparecieron en el setenta y nueve.

Julien levantó la vista. El vestíbulo seguía igual: turistas somnolientos, un recepcionista que fingía no escuchar, una lámpara de cristal con luz demasiado clara. Pero el aire había cambiado, como si alguien hubiera abierto una puerta invisible.

—Entonces —dijo Julien— no era solo Rinaldi.

Vitale lo miró con una sinceridad rara en él.

—Nunca lo es.

Conti dio un paso atrás, como si la conversación ya no le perteneciera.

—Les he dicho lo que debía decir. —Su voz sonó casi compasiva—. No se conviertan en mártires de un combate que no se puede ganar.

Julien sostuvo la fotografía entre los dedos. El papel era fino y frío. En la imagen, Charpentier sonreía rodeado de sombras elegantes. Julien pensó en cómo se construye la impunidad: no con un muro, sino con pasillos. Con firmas. Con silencios compartidos. Con gente que se repite a sí misma que lo hace por el bien mayor.

Claire le tocó el brazo, un gesto pequeño, humano.

—No te van a absolver —dijo—. No te van a agradecer nada. Y aun así…

Julien la miró. En los ojos de Claire no había ilusión. Había decisión.

—Aun así —terminó él— no puedo volver a ser el mismo.

Salieron del hotel y la lluvia los recibió como una mano tibia. Roma olía a piedra mojada y a pan recién hecho en algún lugar cercano,

una contradicción que dolía. Caminaban hacia ninguna parte concreta, solo alejándose del lugar donde el mundo pretendía seguir intacto.

A lo lejos, las campanas comenzaron a sonar, marcando una hora que no tenía nada de sagrada. Cada golpe se expandía por el aire húmedo, lento, inevitable. Julien imaginó el anuncio del mediodía: palabras solemnes, rostros serios, un nombre pronunciado con reverencia. Un nuevo camarlengo. Un traje nuevo sobre el mismo cuerpo invisible del poder.

—¿Lo publicarás aunque te aplasten? —preguntó Julien.

Claire no respondió de inmediato. Miró hacia el cielo bajo, color plomo, y luego hacia la calle donde un niño corría detrás de una pelota, sin saber nada de Roma ni del Vaticano ni de las redes que se alimentaban de la oscuridad.

—Lo publicaré —dijo al fin— porque si no, ellos habrán ganado dos veces.

Julien apretó la fotografía en el bolsillo. Sintió sus bordes clavarse en la palma, una pequeña herida que lo mantenía despierto.

En la Plaza de San Pedro, los preparativos ya comenzaban. Vallas metálicas, policías con el rostro impasible, cámaras ajustando el enfoque. La maquinaria del rito no se detenía. Nunca se detenía.

Julien se quedó un instante quieto bajo la lluvia, observando cómo los hombres colocaban flores como si las flores pudieran tapar la podredumbre. Y comprendió, con una claridad amarga, que la red no había desaparecido: solo había cambiado de rostro, como cambia de máscara un actor cuando el telón baja y el público aplaude.

Detrás de él, Roma seguía respirando. Delante, el Vaticano alzaba su silencio como una fortaleza.

Julien echó a andar. No porque creyera que podía derrumbarse, sino porque ya no sabía vivir de otra manera. Y porque, en algún lugar

de Francia, una madre todavía esperaba una llamada que no llegaría jamás.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por su infinita misericordia y por su divina intercesión, incluso en los momentos en que la fe se pone a prueba.

A mi familia, sostén y raíz de todo lo que soy.
De manera especial, a mi hermana mayor, por su guía, su fortaleza y su presencia constante.

A las madres y padres responsables del mundo, gracias por cuidar, proteger y amar a sus hijos cada día.

Ruego a Dios para que no se pierda una sola vida más,
y para que la indiferencia no vuelva a ser cómplice del mal.

Y a todas esas vidas que aún pueden salvarse, para que estas páginas no sean solo memoria o denuncia, sino también un llamado a mirar, a escuchar y a no volver la vista hacia otro lado.

SOBRE EL AUTOR

Arturo Ramírez nació a principios de la década de 1970 en la República Dominicana. Creció y se formó en un entorno de educación católica, experiencia que marcaría profundamente su mirada sobre la fe, la culpa, el poder y la condición humana.

Su obra se centra en el thriller psicológico y la ficción oscura, explorando los mecanismos silenciosos del mal, la impunidad institucional y las vidas que quedan atrapadas entre la fe y la violencia.

El Camarlengo del Diablo es su primera novela publicada, un relato intenso y perturbador que confronta al lector con una verdad incómoda: el mal rara vez actúa solo y casi nunca es invisible.